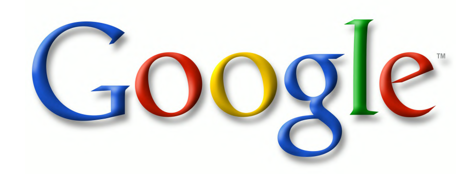




Phil
4363
3.35
Discurso de la Verdad
1878

DISCURSO

DE

LA VERDAD

DEDICADO

Á LA IMPERIAL MAJESTAD DE DIOS,

COMPUESTO POR

D. MIGUEL MAÑARA VICENTELO DE LECA,

Caballero del Orden de Calatrava,
y Hermano Mayor de la Santa Caridad
de nuestro Señor Jesucristo en Sevilla.

SEGUIDO

DE UNA BREVE NOTICIA DE LA VIDA DEL AUTOR,
Y OTROS ESCRITOS DEL MISMO.



MADRID.
IMPRENTA DE ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,
Bordadores, 10.
1878.



DISCURSO

DE

LA VERDAD.



EL CABALLERO Dn MIGUEL MAÑARA.

✠

DISCURSO

DE

LA VERDAD

DEDICADO

Á LA IMPERIAL MAJESTAD DE DIOS,

COMPUESTO POR

D. MIGUEL MAÑARA VICENTELO DE LECA,

Caballero del Orden de Calatrava,
y Hermano Mayor de la Santa Caridad
de nuestro Señor Jesucristo en Sevilla.

REIMPRÉSO POR LA JUNTA PROVINCIAL
DE LA
ASOCIACION DE CATÓLICOS EN MADRID,
CON UNA BREVE NOTICIA DE LA VIDA DEL AUTOR.

MADRID.
IMPRENTA DE ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO.
Bordadores, 10.
1878.

PRÓLOGO

DE ESTA EDICION DE MADRID.

Los escritores ascéticos de España fueron en otro tiempo la admiracion y encanto de las almas piadosas por su originalidad, elevacion, fervor y ternura. Sus obras fueron traducidas á todas las lenguas cultas, y áun hoy dia se están reimprimiendo algunas de ellas. Ahora es al revés, puesto que apénas se publica nada original de este género en España, y no porque falten ingenios que pudieran hacerlo: así que el pueblo católico se alimenta con el pasto espiritual de obras modernas traducidas de idiomas extranjeros, y no siempre bien. Mengua sería dejar caer completamente en el olvido esas preciosas joyas literarias de los siglos de oro de nuestra literatura religiosa: por ese motivo la Asociacion de Católicos en Madrid, cumpliendo con uno de los fines de su institucion, procura reimprimir de cuando en cuando algunos de estos libros, segun lo permite la cortedad de sus recursos, no igual á la extension de su buen deseo.

Ahora reimprime el curioso opúsculo intitulado

Discurso de la Verdad, *poco conocido en Madrid, y áun en España, fuera de Andalucía. Escribiólo hace unos doscientos años el célebre y piadoso caballero D. Miguel de Mañara, que murió en 1679, y fué impreso juntamente con el libro de su admirable y santa vida.*

Al fin de esta edicion se da tambien un compendio de aquélla, pues á la verdad la vida de aquel caballero edifica y enseña á los seglares, tanto ó más que su escrito, puesto que la vida de los justos es la moral en accion y ejecucion de lo que enseñan.

El lenguaje sencillo de este libro tiene mucho atractivo para los seglares por su claridad y por lo enérgico de las frases, al estilo de nuestro pais. Escrito por un seglar, caballero, que vivia en medio del mundo retirado del mundo, tiene cierta índole peculiar que le hace muy á propósito para los que en el mundo vivimos, y en medio de sus olas luchamos, envidiando á los que se han acogido al sagrado puerto del estado religioso, viviendo con superior perfeccion.

Imprímense las licencias concedidas al hacer las antiguas ediciones, pues en ésta nada se altera, en lo que hace al Discurso de la verdad *y demas escritos del Sr. Mañara, que aquí son lo principal; pues la biografía la consideramos solamente como una cosa accesoria.*

APROBACION

de la edicion hecha en Sevilla en 1671, de la cual es copia ajustada en todo la presente.

Por comision del Sr. Dr. D. Gregorio Bastan y Aróstegui, Provisor y Vicario general de Sevilla y su Arzobispado, etc.

He visto este tratado que se titula *Discurso de la verdad*, por las claras verdades que contiene, que sólo hallo en él reparo el que se llama discurso cuando me ha parecido un espejo donde á sólo mirarle se representa tan sencilla, desnuda y clara la verdad, que no es necesario discurrir para conocerla, sino sólo advertirla para que obre el juicio, segun la viva fuerza que hace al corazon su noticia: bien que considerando cuán ocupado está el de los hijos de los hombres de las tinieblas de la ignorancia, está bien puesto el nombre de *Discurso*, por que no se paren en el simple conocimiento, sino pasen, ayudados de esta luz, á discurrir con verdad cómo obran tan contra lo mismo que tan claramente saben y conocen. Aquí entra el discurso que juzgo por digno de imprimirse y conveniente, que, aunque sean tan sabidas las verdades que contiene, necesitan de ser recordadas por la facilidad que tienen los mortales de ponerlas en la region del olvido.

Quiera nuestro Señor se impriman en los corazones, segun el intento y deseo que muestra el autor que las ha recogido, que en todo siente conforme á la verdad católica de nuestra fe, á la cristiana enseñanza y doctrina de nuestra santa Madre Iglesia.

Este es mi parecer. En este convento de S. Agustin, nuestro Padre, de Sevilla, en 7 de Junio de 1671.

MTRO. FR. JUAN DE ZAMORA.

LICENCIA.

El Doctor D. Gregorio Bastan y Aróstegui, Provisor y Vicario general de Sevilla y su Arzobispado, etc.

Doy licencia, por lo que toca á este Tribunal, para que se pueda imprimir este tratado, que se intitula: *Discurso de la verdad*, por cuanto por comision mia ha sido visto y aprobado.

Dada en Sevilla á 8 de Junio de 1671 años.

DR. D. GREGORIO BASTAN Y ARÓSTEGUI.

Por mandado del Sr. Provisor.

BARTOLOMÉ FRANCISCO DE BUSTO,
Notario Mayor.



Sevilla y 8 Enero de 1725.

Dase licencia para que se imprima,
DR. BARREDA.

DEDICATORIA.

Padre poderoso, sabio, inmenso, Rey de Israel fortísimo, principio y fin de todas las cosas, Padre santísimo, de cuya sabia Providencia están pendientes todas las criaturas, desde el cuervo que mora en el desierto, desamparado de sus padres, hasta el más alto Serafin que en el cielo asiste á tu Grandeza; humilde llama desde la tierra tu esclavo, deseando sólo tu mayor gloria.

Comunica, Señor, tu luz á mis tinieblas, tu sabiduría á mi ignorancia, tu santo espíritu á mi tibieza, para que inflamada el alma que tú criaste, y depositaste en el sucio barro de mi cuerpo, desde allí descubra la verdad á todos los mortales que la tierra habitan, para que desengañados huyan de la tiranía de Babilonia y de su príncipe el demonio; vean la infalible muerte que han de pasar, y el terrible juicio que les espera. ¡Oh Señor! Vuelve tu paternal y santo rostro al que lo leyere, para que tu luz sea recibida y lleve fruto de tu palabra, y á mí, hombrezuelo, enseña lo que no sé, y da lo que no tengo, por los méritos de Jesucristo, mi Señor, con quien vives y reinas.



DISCURSO

DE

LA VERDAD.

---

§ I.

MEMENTO, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris. Es la primera verdad que ha de reinar en nuestros corazones: polvo y ceniza, corrupcion y gusanos, sepulcro y olvido. Todo se acaba: hoy somos, y mañana no parecemos: hoy faltamos á los ojos de las gentes, mañana somos borrados de los corazones de los hombres. Breves son los dias del hombre, dice el santo Job (*Job,* cap. 14), pasan como flores, y sus años son semejantes á los rocíos de los prados: son nuestros dias como las aguas de los rios, que nunca vuelven atras: y así son irrecuperables: pasaron, y con ellos nuestras obras. El hombre nace para trabajos, llorando entra en el mundo, en trabajo vive y con dolor muere. Sus dias florecerán como la flor del campo, dice el Profeta (*Psal-*

mo 120). A grandes peligros está puesta esta flor: el sol la quema, el cierzo la seca, un hombre la pisa, un animal la pace, el agua la ahoga y el calor la marchita. Pues á tantos riesgos está sujeta tu miserable vida, hombre vano, razon es que la cuides.

§ II.

Allí hay vida, donde bien se vive; algunos comienzan á vivir cuando van á morir. Miren ¿qué vida alcanzarán los que al entrar en el otro siglo quieren empezar su buena vida? Ofrecen á Dios sacrificios de muertos, que son los dias de su vejez, débiles y miserables. Si acá viéramos que un hombre de ochenta años pretendía entrar por paje del Rey, ¿no haríamos burla de su imprudencia, pues empezaba á servir cuando era razon estuviese cargado de méritos como de años? Pues lo mismo les sucede á estos mentecatos. No es bueno ni malo el vivir, pues es comun á los hombres y las bestias; sólo el vivir bien es loable.

§ III.

Es nuestra vida como el navío, que corre con presteza, sin dejar rastro ni señal por donde pasó: pasa con la misma priesa nuestra vida, sin dejar de nosotros memoria. ¿Qué se hicieron tantos Reyes y Príncipes de la tierra, que dominaban el mundo? ¿Dónde está su majestad? Buscad á Alejandro, llamad á Escipion, y quizá estarán en alguna tapia sus cenizas, ó barda de alguna huerta. Preguntadles cómo les va, y mudamente responderán: *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas*. Y si, como el bien-

averturado S. Agustin dice en la *Ciudad de Dios*, que los cuerpos de los muertos no se acaban, sino se deshacen, llevando cada elemento la porcion que le toca, de que están compuestos. El calor natural sale del cadáver, y busca lugar en el elemento del fuego: y la parte del aire tambien, deshaciéndose la carne, queda su porcion en el aire: la humedad busca por la tierra su elemento, que es el agua, ó con la fuerza de los rayos del sol es levantada á vapor y convertida en agua. Y en fin, el curso de los dias la pone en su natural sosiego, con que queda la tierra del cuerpo muerto sin los otros mixtos purificada, y descansando en la otra tierra, de que tuvo su principio. Y así dijo S. Pablo, el primer ermitaño, á S. Antonio Abad cuando le visitó, que era ya tiempo que la tierra volviese á la tierra, pidiéndole le diese sepultura á su flaco y penitente cuerpo. Pues si en esta division pára la grandeza humana, ¿por qué te ensoberbeces, ceniza? Polvo, ¿por qué presumes? ¿Qué locura es esta que os tiene ciegos en mitad del dia? Si el cuerpo de Julio César, de quien temblaba el mundo, estuviera ahora criando berzas en alguna huerta, ¿quién lo creyera? Y puede ser que sus cenizas tengan hoy estas operaciones.

§ IV.

Si tuviéramos delante de los ojos la verdad, ésta es, no hay otra, la mortaja que hemos de llevar, había de ser vista todos los dias por lo ménos con la consideracion, que si te acordaras que has de ser cubierto de tierra y pisado de todos, con facilidad olvidarías las honras y estados de este siglo; y si con-

sideras los viles gusanos que han de comer ese cuerpo, y cuán feo y abominable ha de estar en la sepultura, y cómo esos ojos, que están leyendo estas letras, han de ser comidos de la tierra, y esas manos han de ser comidas y secas, y las sedas y galas que hoy tuviste se convertirán en una mortaja podrida, los ámbares en hedor, tu hermosura y gentileza en gusanos, tu familia y grandeza en la mayor soledad que es imaginable.

Mira una bóveda, entra en ella con la consideracion, y ponte á mirar tus padres ó tu mujer (si la has perdido), los amigos que conocías. ¡Mira qué silencio! No se oye ruido: sólo el roer de las carcomas y gusanos tan solamente se percibe. Y el estruendo de pajes y lacayos, ¿dónde está?

—Acá se queda todo.

Repara las alhajas del palacio de los muertos: algunas telarañas son. ¿Y la mitra y la corona?

—Tambien acá la dejaron.

Repara, hermano mio, que esto sin duda has de pasar, y toda tu compostura ha de ser deshecha en huesos áridos, horribles y espantosos, tanto que la persona que hoy juzgas más te quiere, sea tu mujer, tu hijo ó tu marido, al instante que espires se ha de asombrar de verte; y á quien hacías compañía has de servir de asombro.

§ V.

Con estas consideraciones, hermano mio, tú olvidarás el mundo y su embeleso. Muy cerca tienes el dia, que te llamará la muerte; y entónces, ¿de qué te aprovecharán estas niñerías, en que ahora te ocu-

pas? ¿Qué te aprovechará en aquella hora ser rico, poderoso, grande ó pequeño? Sino lo que decía aquel rey Josafat, estando á la muerte: «Sé que muero en estos ricos y adornados palacios, y no sé adónde seré hospedado esta noche.» Ciego eres, si no ves estas cosas; desventurado de tí, que surcas el mar y la tierra por juntar riquezas para dejarlas á otros; y cuando ménos pienses entrarás desnudo en una sepultura llena de huesos y calaveras, que será tu oscuro aposento hasta el fin del mundo. Mira ¡cuánto há que poseen este aposento los difuntos! Matusalen vivió novecientos años, y há cerca de cinco mil que está en la sepultura. El santo Rey David vivió poco más de sesenta, y há tres mil años que está en la sepultura. Alejandro no llegó á treinta, y há más de mil años que es tierra. Los pontífices, los reyes que pasaron, ya son tierra. Tus conocidos (ve acordándote de ellos) vivieron cuatro dias y serán muertos muchos siglos, y tú serás lo mismo. Pocos dias vivirás, y muchas edades habitarás con los gusanos y lombrices de la tierra.

§ VI.

Y lo peor es la seguridad con que vives, muriendo cada dia. Si te avisasen con certeza que uno de los criados de tu casa te había de quitar la vida, no te guardarías de todos? Pues si has de morir infaliblemente en uno de los siete dias de la semana, que son criados que te sirven á tus pasatiempos; ¿por qué no te guardas de ellos, viviendo bien y no fiándote de ninguno, como de criados traidores, pues uno de ellos te ha de quitar la vida? Y no sabes cuál

ha de ejecutar la sentencia de Dios y su santo decreto. De aquel gran Soldan de Egipto se cuenta, que estando á la muerte llamó á su alférez Real, el que llevaba en las batallas su estandarte, y le dió la mortaja con que le habían de amortajar, y le mandó que fuese por toda la ciudad de Damasco, y á voces dijese: — «Veis aquí lo que saca el gran Saladino de todo su imperio; sólo este trapo le acompaña, y en la tierra deja todas sus guardas y señoríos.»

Zeferino refiere del emperador Severo, que mandó hacer un cántaro de bronce para que el dia de su muerte fuesen echadas en él sus cenizas, y tomándole en las manos dijo: Tú tendrás dentro de tí en la muerte, á quien en la vida no cabe en el mundo. Y así dijo muy bien Epitecto, que este mundo era una comedia, que en él todos somos farsantes; unos hacen papel de reyes, otros de esclavos; unos de tullidos y otros de ricos; unos de sabios y otros de ignorantes; unos apénas representan cuatro palabras, otros tienen el papel muy largo, segun el autor de esta comedia les dió; y cada uno lo que debe hacer es el papel que le cupiere con perfeccíon el tiempo que le durare; que el repartir los dichos y papeles al autor sólo le toca, que por postre estas figuras que representamos se han de acabar; y en quitándonos del tablado de este mundo todos quedamos iguales, y en polvo y tierra resueltos: representamos lo que no fuimos, y no somos lo que representamos.

§ VII.

Mandó Dios á Ezequiel su santo Profeta *(Ezeq.*, cap. 4), que figurase en un adobe á Jerusalen y sus muros y el cerco de los caldeos : encima de un poco de barro manda dibujar las fuerzas y ejércitos de los hombres, y todo lo que al mundo le parece grande, por mostrarnos que todo esto es un poco de lodo mal cocido, de ninguna sustancia y duracion. Casados ha habido que han durado tres dias, y reyes sin estrenar la corona, y pontífices que no se pusieron la tiara. Bocado ha habido que no ha llegado á la boca. ¡ Oh ! mira el que iba á comer, el rey de los asirios, Baltasar *(Daniel*, cap. 5) en aquella sacrílega cena, donde le asistían la hermosura de sus damas, la multitud de sus grandes le festejaban, las escuadras de sus soldados aseguraban su persona, sus palacios ¡ qué soberbios ! ¡ Qué mesas tan llenas de manjares, olores y riquezas ! El oro en las vajillas, los diamantes en las cabezas y manos, los brocados por las paredes, hasta los vasos del templo santo consagrados á Dios, servían á sus bebidas. El que se hallaba señor de toda esta grandeza, ¿ qué deleite y qué vanidad no tendría ? En medio de esta abundancia, cuando ménos lo pensaba, levantó los ojos á la pared, adonde vió una mano que escribía : *¡ Mañana morirás !* A este solo susto dió en el suelo todo lo soñado, pues para el miserable lo había sido todo el tiempo pasado de su imperio. Acabó su papel, quedó barro como lo demás.

§ VIII.

Si eres cuerdo, no fíes del estado, que no es tuyo, que cuando ménos lo pienses te lo quitarán. Hay muchos que hacen con la vida lo que con una pieza de paño: este pedazo para capa, el otro para mangas, y éste para una caperuza, como si el paño fuera suyo. Ahora soy mozo, mañana hombre, el otro dia viejo, entónces me daré á Dios, y de este modo tratan su vida, como si fueran señores de ella. Así la trataba aquel rico del Evangelio (*S. Lúcas*, cap. 12), prometiéndose muchos años; tanto, que quería hacer nuevos graneros para recoger sus frutos, y estando enamorando á su alma con las felicidades que poseía, oyó una voz que le dijo: « ¡Loco, esta noche quitarán tu alma de tí! » En esto pararon sus locuras, pues disponía del tiempo que no era suyo. Dice el profeta Malaquías (*Cap.* 1): «Maldito sea el hombre falso que tiene en su ganado buen sacrificio, y ofrece á Dios lo más vil y despreciado.» Das al mundo lo mejor de tu vida, y á Dios la vejez flaca y enferma, quizá porque el mundo ya no la quiere, ¿y lo despreciable al mundo quieres sea víctima agradable á Dios? ¿No fuera loco el que aguardara á transplantar los árboles despues de viejos y secos, para mejorar de frutos? Sustancia y vigor ha de tener la planta, que de otra suerte, aunque se mude, no dará frutos. El elefante dobla las juntas de los brazos con gran facilidad cuando es nuevo; despues, en entrando en edad, endurécense los nervios, y tiene las piernas como columnas, sin poderlas doblar. Con grandísima dificultad podrás en la vejez

volverte á Dios, por estar duro tu corazon y obstinado en pecados. A muchos sucede lo que al caminante, que en tiempo de lluvias se encuentra con un arroyo que pudiera pasar de un salto; y diciendo adelante lo pasaré, miéntras baja más abajo lo halla mayor y con más agua, y no lo puede pasar. Así el que al principio con un salto de dolor pudiera pasar á la otra parte de la buena vida no lo hace; dilatando la penitencia para adelante, crecen con los dias las dificultades, con que se va haciendo más inhábil cada dia.

§ IX.

Vió en el desierto un santo solitario á un hombre que había hecho un haz de leña para llevarle acuestas, y vió que probó á subirlo sobre los hombros y no podía, y el remedio que buscó fué hacer más leña con que acrecentó la carga, y ménos podía subirla. Reíase el santo ermitaño de la locura de este hombre, hasta que le dijo un ángel:—«Más locos son los hombres, que dejan para mañana su conversion: no pueden hoy levantar su corazon á Dios con la grave carga de sus pecados, y esperan á mañana con muchos más levantarse más ligeros.» Los más de los hombres de este miserable siglo no se acuerdan de volverse á Dios, si no es cuando el mundo los deja, y entónces, á más no poder, lo hacen porque con la muerte los deja el tiempo. Tarde acordó Faraon, rey de los Gitanos, á conocer á Dios en el mar Bermejo *(Exod.*, cap. 14): arrepentido, quiso volver atrás; pero las aguas le embarazaron el camino, y quedó muerto en ellas. Las vírgenes lo-

cas tarde aparejaron sus lámparas, por lo cual se quedaron fuera (*S. Mat.*, cap. 25). En la apretura y rigoroso trance de la muerte, de maravilla se halla buena disposicion: cosa es muy rara el que tenga contricion verdadera el que ántes no la tuvo. El santo Rey David dice (*Psal.* 6):—No hay quien se acuerde en la muerte de Vos. Pues ¿quién se acordará? El que vive, Señor, el que vive (responde el rey Ezequías (*cap.* 28) en su cántico) no el que está agonizando con dolores, ánsias y desventuras. Acuérdate de tu Criador en el tiempo de la juventud, dice el Sábio, ántes que se oscurezcan el sol de tu entendimiento y las estrellas de tus sentidos, no seas como el otro ignorante, que cuenta el cardenal Belarmino, que á la hora de la muerte pedía con grandes voces tiempo para hacer penitencia y oyeron los que le ayudaban á bien morir una tenebrosa y espantosa voz que le decía:—¡Necio, ahora que el sol se pone, pides tiempo de penitencia! ¿Qué hacías cuando te alumbraba todo el dia? Y en estas miserables congojas dió su alma á los demonios. Bien parece ser falsa la penitencia de los tales, pues en sanando vuelven á sus vicios: la necesidad les fuerza á que digan verdades, no la buena voluntad: son como los ladrones, que no confiesan sus delitos, sino á puros tormentos, cuya confesion no los libra de la pena, ántes les da la muerte.

§ X.

Arroja el mercader sus riquezas al mar, y si despues le viene tranquilidad, con mayor ánsia busca los fardos que nadan sobre las aguas; con que se conoce que si no fuera por el peligro, segun su voluntad lo muestra, no las echara de sí. Así hacen con los pecados los que á aquella hora aguardan, échanlos por el peligro : pero el amor que toda la vida les tuvieron va asido á ellos, como el mercader á sus riquezas: vemos con los ojos que confiesan con la boca muchos pecados: pero no les vemos el corazon, de donde han de ser borrados, y así nos parece que todos se van al cielo, y están muchísimos en el infierno con todos los sacramentos, porque no se dispusieron, y nosotros quedamos muy contentos porque murieron como unos pajaritos, como si estuviera en el morir deprisa ó despacio la buena muerte. Despacio murió el mercader que ganó su hacienda engañando á sus hermanos, y más despacio está su alma en los infiernos. Deprisa murió el siervo fiel á su señor, que repartió sus bienes eon los pobres, y vivió muriendo cada dia, y está en la alegría de la casa de Dios. Blanca se quedó como una paloma la mujer ramera, y negra vive su alma entre los demonios miéntras Dios fuere Dios. Negros y con grandes ánsias murieron los santos que sirvieron á Dios, y ahora son estrellas en la region de la luz. Todo esto nace de ser hombres carnales quien lo juzga, y así han dejado estos abusos y mentiras en el mundo. Si vieran á los santos mártires ahogados, despedazados y quemados, ¿qué dijeran de ver sus

cadáveres tan monstruosos? Hánse criado en el cieno de este mundo, y no han salido de las tinieblas de Egipto: y así tienen éstos ojos y no ven; que si vieran, verían que este género de muertes y diversidad de accidentes toca á la complexion del cuerpo mortal, ó la naturaleza del achaque de que mueren, de lo cual no es partícipe el alma, porque sus enfermedades son invisibles; que si las viésemos, conoceríamos lo horrible de los vicios. Por eso no hay que fiar en la muerte de estas postreras obras, porque el alma con la gravedad de los dolores del cuerpo, á que está unida, no puede levantarse á Dios, porque toda ella está en la parte que padece. Esto sucede muchas veces en los siervos de Dios en aquella tremenda hora, y así se les oye quejar de su desamparo. Pues si esto sucede á los que en esta vida están bien habituados, ¿qué le sucederá á quien no lo está? Si esto sucede á los varones fuertes que han peleado contra sus pasiones, ¿qué les sucederá á los flacos, que siempre han sido vencidos de ellas? Y así las más veces lo yerran, aunque nos parezca á nosotros lo aciertan, porque todas sus obras son carnales y brutales, sin llevar otra luz que carne y sangre: y aunque nos parezca que con la boca se disponen, su corazon está rebelde y lleno de malicia, y así nada les aprovecha.

§ XI.

Quien vió lo que Judas hizo despues que vendió á Jesucristo, ¿no dijera que era un verdadero penitente? Porque él confesó su pecado á voces, restituyó la honra en público á quien se la había quitado, volvió á su dueño el dinero mal ganado. ¿Quién, viendo estas demostraciones, no dijera había enteramente satisfecho su pecado? Y con todas estas circunstancias se condenó, porque el corazon estaba de diferente color que las obras exteriores. ¿Qué importa que la boca diga ¡pequé! si el corazon no dice nada? Que desprecie las riquezas con la lengua cuando las guarda el corazon, ¿qué importa? Llega á las playas de Nínive el profeta Jonás (*Jonas*, cap. 5) empieza á sonar su voz por las calles y plazas de aquella opulentísima ciudad, pregona la justicia de Dios que vendrá sobre sus habitadores dentro de cuarenta dias, y al instante empiezan todos á llorar y hacer penitencia de sus pecados; bien pudieran aguardar á algunos dias, pues sabían tenían cuarenta dias de término. Nó, sino luego hicieron penitencia, desde el rey hasta el más vil esclavo. Viene el auxilio de Dios, suena la voz del Señor, de Jonas, en nuestros corazones? No hay que aguardar segunda voz, no sea que sea la postrera que Dios tenga determinada para castigar nuestros pecados. Estos varones ninivitas tiene Dios guardados para el dia del juicio, y con ellos juzgará á éstos embelesados del mundo. La penitencia de San Juan Bautista y la del santo profeta Jeremías, ambos santificados ántes de nacer, se levantarán contra esta mala gente el dia de la venganza, pues teniendo

vidas inculpables, hacían rigorosa penitencia sólo por asegurar la gracia de Dios: mira tú, ¿qué debes hacer, cuando tienes que pagarle tanta multitud de culpas?

§ XII.

Ahora te ven mis ojos, y hago penitencia en ceniza y llanto, decía á Dios el santo Job *(Job*, cap. 24). Pues fuiste criado para gozarle, abre tus ojos y conoce quién es cuando te habla en el corazon con santas inspiraciones. Habla el villano con el Rey en el campo, y no le venera por no conocerle: así dijo el soberbio rey Faraon á Moises: *(Exod.*, cap. 5) —¿Quién es Dios? ¡No sea que tú digas lo mismo! Todos meditamos en este mundo, unos traen delante de sí á Dios, y otros á su interes. Este es el dios de cada uno. Si deseas hartar tus deseos y la insaciable sed de tus apetitos con los bienes y riquezas de este mundo, vas engañado, como lo estuvieras si quisieras hartar un caballo con carne y un leon con yerba. Ordenó Dios su mantenimiento á todas las cosas, á tu alma le cupo el cielo por centro; mira como sosegará con cuatro piedras amarillas, que el mundo llama oro? Y si con éste quieres sosegarte, lo conseguirás, como si para matar una hoguera le echases leña seca. Estos son desatinos: pues de la misma suerte lo es saciar nuestra alma, que es espíritu, con bienes materiales, que son tierra. Cuando salgas de ese cuerpo en que habitas verás estas verdades, y llegará el dia que no tendrá noche para tí, ó la noche que no tendrá dia, y salgas de este mundo para el otro siglo.

§ XIII.

Hermano mio, si quieres tener buena muerte, en tu mano está: ten buena vida, que con buena vida no hay mala muerte, ni buena muerte con mala vida. Todo se acaba; si no ha de durar, ¿qué se te da de conseguir lo que deseas? Si sirves á los príncipes, ellos te dejarán mañana, ó tú los dejarás con tu muerte. Mira á S. Francisco de Borja lo que le sucedió: sirvió muchos dias á los emperadores, y muriendo la emperatriz se la dieron de depósito para que la llevase á Granada á enterrar, y abriendo la caja adonde iba aquella señora, á quien él y un mundo servía de rodillas, vió un saco de gusanos, y que la corona estaba asentada sobre un poco de podre, y dijo: —¡En esto paran las grandezas humanas, á quien los hombres se desvelan en servir! Yo prometo de aquí adelante no servir á señor que se muera.» Como lo prometió así lo hizo, sirviendo á Dios tan de véras, como nos lo dice su santa vida.

§ XIV.

¿Qué importa, hermano, que seas grande en el mundo, si la muerte te ha de hacer igual con los pequeños? Llega á un osario que está lleno de huesos de difuntos, distingue entre ellos el rico del pobre, el sabio del necio y el chico del grande; todos son huesos, todos calaveras, todos guardan una igual figura. La señora, que ocupaba las telas y brocados en sus estrados, cuya cabeza era adornada de diamantes, acompaña las calaveras de los mendigos.

Las cabezas que vestían penachos de plumas en las fiestas y saraos de las cortes, acompañan las calaveras que traían caperuzas en los campos. ¡Oh justicia de Dios, cómo igualas con la muerte á la desigualdad de la vida! ¿Qué cosa hay tan horrible como el hombre muerto? Fantasma á la ilusion de quien lo conocía, horror á los ojos de quien lo amaba. ¡Oh instante que mudas las cosas! ¡Oh instante del ser al no ser! ¡Oh instante, puerta de los siglos! ¡Oh instante, en que todo se acierta ó todo se yerra! ¡Oh instante, en que ninguno dirá yo te pasaré seguro! Porque ninguno sabe si es hijo de ira ó de amor! ¡Oh instante, el que te perdió una vez, no te hallará más miéntras Dios fuere Dios!

¡Para siempre, para siempre, sin término, ni fin!

§ XV.

¡Oh locos, que no veis estas verdades! ¡Oh hijos de Babilonia, los que habitais en sus delicias y bebeis de las inmundicias de su cáliz, por defuera oro y por dentro veneno! ¡Oh ramera prevaricadora de la verdad, pues llamas males á los bienes y bienes á los males! Todo tu cuidado es borrar la razon del hombre, imágen de Dios, y el que nació para compañero de los ángeles, hacerlo compañero de las bestias, dando fuerza con la abundancia de tus vicios á nuestros apetitos para que reinen sobre la razon, y que ella cautiva, todo el edificio humano venga al suelo. Estas transmutaciones hace con los hijos del siglo esta ramera, á quien tiene ciegos con las riquezas y delicias de este mundo. Y así, decía el apóstol S. Pedro que no era otra cosa este mundo, si-

no una casa llena de humo, adonde ciegos los ojos de la razon, no ven la verdad de las cosas : es un Babel de confusion, donde unos á otros no se entienden, todos desunidos para el bien y unidos para el mal: es un engaño con apariencia de verdad. Quien ve al poderoso le llama rico y es mentira, porque le faltan á su codicia todos los bienes ajenos. Dícenle que es señor, y no lo es, porque no tiene los bienes, ántes los bienes lo tienen á él; y así no se ha decir: Pedro tiene cien mil ducados, sino cien mil ducados tienen á Pedro. No se ha de decir: Pedro puede mucho, sino Pedro puede nada. Al fuerte y temerario le llaman valiente, y es todos los dias vencido de sus pasiones. Llaman belleza á la compuesta de carne podrida, que mañana será gusanos: al virtuoso llaman hipócrita; y al hipócrita, hombre ajustado: al liberal, pródigo; y al pródigo, hombre bizarro: al verdadero, *buen hombre* (que ya el serlo es oprobio); y al embustero, cortesano: al bufon, hombre ligero; y al que es modesto, pesado. Este es el vocabulario de la casa de los locos y del palacio del humo, donde reina Babilonia, y adonde habitan las bienaventuranzas temporales, que hoy son y mañana no parecen, opuestas á las bienaventuranzas de Dios nuestro Señor, que habitan en la casa de la luz.

Dice el mundo: bienaventurados los ricos. Dice Dios: bienaventurados los pobres. Dice el mundo: bienaventurados los que se huelgan y rien. Dice Dios: bienaventurados los que lloran. Dice el mundo: bienaventurados los que son estimados. Dice Dios: bienaventurados los que padecen persecucion. Tan opuestos como son los autores son

opuestas las doctrinas. Cristo nos dice (*S. Matth.*, cap. 6): «Quien es de este mundo no es de Dios; servir á Dios y á las riquezas, no puede ser : agradar á dos señores tan opuestos, es imposible.» Estos son dos caminos muy distantes, uno va al occidente del infierno, otro al oriente del cielo. Cualquier paso que damos en ellos nos aparta del camino opuesto; y así cada uno mire cómo anda, que sus pasos le dirán el fin que lleva.

§ XVI.

Muchos hay que no ven estas verdades, porque viven en tinieblas, y las padecen mucho mayores que las padecían los gitanos (*Exod.*, cap. 10) que les duraron tres dias, y hay muchos á quienes les duran cincuenta años. ¿Qué locura puede haber mayor que querer irse al cielo por otro camino que fueron los santos? Los descubridores de las Indias nos enseñaron el camino de las Indias, y de esa misma suerte los descubridores del cielo nos enseñaron el camino del cielo. ¿Cómo llegarán al lugar donde llegaron S. Ambrosio, S. Gregorio, S. Agustin y Sto. Tomás de Villanueva, padres de la doctrina, de la penitencia y de los pobres, los obispos que gastaron el patrimonio de los pobres en las grandezas y profanidades en que los gastan los hombres más relajados del siglo? Delante de las lágrimas del santo rey David y de la penitencia de S. Luis, rey de Francia, y de la caridad de S. Eduardo, rey de Inglaterra, ¿qué parecerá un rey, que toda su vida la ha gastado en comedias, caza y juegos de cañas? Delante de todos los santos, ¿qué parecerán los que

tuvieron sus mismos estados y nó sus virtudes? No hay que culpar al estado, que el estado no condena al hombre, sino el hombre al estado (*Josué*, cap. 10). ¿Quién, viendo á Josué cubierto con un arnés de acero en un caballo furioso y la espada sangrienta en la mano, dijera era santo? Y vimos que á la voz de este siervo de Dios se paró el sol en el cielo, y toda la máquina celeste detuvo su curso. Imitemos las virtudes que los santos han ejercitado en todos estados; pues en todos tenemos gloriosos ejemplos, y no nos divierta el estado ajeno, y con eso tendrémos virtud en cualquier estado que nos halláremos; pero querer sin sus virtudes ir al cielo, es disparate.

§ XVII.

Tened vergüenza los que llamais á Dios nuestro Señor Padre, verle tan solo. Y así su divina Majestad se queja por su profeta, diciendo: (*Malachías*, cap. 1) «Si soy vuestro Padre, ¿dónde está el amor que me teneis? Y si soy vuestro Señor, ¿dónde está el respeto?» Considerad en dos campos de batalla, como S. Cipriano consideraba dos ejércitos, el de Dios nuestro Señor en un monte, cuyo capitan es Cristo, que ocupa la cumbre, sangriento, lleno de dolores, afrentas y desnudez, con el invencible estandarte de la Santa Cruz, bandera de nuestro caudillo, debajo de cuya seña militamos. Mira más abajo sus apóstoles, llenos de angustias, de prisiones y tormentos.

Vuelve los ojos á la falda del monte, mira sus mártires, admira su fe y fortaleza, tintos en sangre están, escucha sus lamentos, y cómo su inocencia pide á Dios justicia, diciendo: (*Apocal.*, cap. 11):

Vindica, Domine, sanguinem sanctorum tuorum, qui effusus est. Otros repiten el santo sacrificio de sus cuerpos, cantando *(Isai.,* cap. 65): *Transivimus per ignem et aquam, et eduxisti nos in refrigerium.* Mira los santos confesores con la fatiga que suben al monte, llenos de penitencias por el amor de su Criador; y con la esperanza de llegar á la alta cumbre, la publican diciendo *(Psal.* 19): *Hi in curribus et hi in equis; nos autem in nomine Domini Dei nostri invocabimus.* Mira las santas vírgenes cantando alabanzas al Omnipotente por el triunfo de sus victorias, diciendo *(Exod.,* cap. 15): *Cantemus Domino, gloriose enim magnificatus est.* Mira los santos anacoretas, llenos de amor, subir los peñascos del monte arriba, con cuánta ligereza los trepan diciendo *(Psal.* 41): *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus.* Repara que en todo este santo ejército no hay ninguno sin trabajos y sin consuelos: todos miran á lo alto, donde está su capitan; y con ser el monte tan alto y la subida tan áspera, no desmayan, ántes sus tropiezos aceleran el paso á su camino. Mira su santo y valeroso capitan cómo los alienta, diciendo: —Venid á mí los que trabajais, que en mí hallaréis descanso; los que teneis sed venid, porque soy fuente de aguas vivas; venid, que soy vuestro Padre, vuestro Pastor, vuestro Rey y vuestro hermano.

§ XVIII.

Repara la diversidad de santos que ocupan las faldas de este santo monte, y por subir á su cumbre con más ligereza cómo se van desnudando de todo lo que les hace estorbo á subir á lo alto. Mira aquel rey arrojando la corona, el otro poderoso el dinero: el letrado los libros, el soldado las armas, y todo lo que les embaraza el camino es despreciado de su denuedo. Repara que como van subiendo al paso del camino es la fatiga y el ardor con que el que al principio podía sufrir la toga y dignidad, á los primeros pasos la deja; á los segundos la capa, y á los postreros hasta la camisa le hace peso. Mira que, aunque padecen fatiga, ninguno se pára, porque en este camino el pararse es volverse atrás. Mira que aunque todos suben, todos van por diferentes caminos; y aunque los del monte opuesto les dan grita, no vuelven el rostro á su estruendo y vocería: y si alguno lo vuelve, es despeñado. Mira como los santos ángeles van delante, animándolos y allanándoles el camino, diciéndoles *(Psal.* 90): ***Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis, in manibus portabunt te, ne forte offendas ad lapidem pedem tuum.*** Mira los santos profetas y patriarcas postrados delante de la alta nube que tiene á Cristo á su diestra, donde asiste el altísimo Dios de los ejércitos, que corona el pináculo de este monte, diciéndole *(Psal.* 130): Vos, Señor, fundasteis la tierra sobre su misma firmeza; y vos, Señor, teneis señorío sobre el mar, y vos podeis amansar el furor de sus ondas *(Psal.* 75). Vuestros son los cielos y

vuestra es la tierra, y vos criasteis la redondez d(ella con todo lo que dentro de sí abraza, y el mar] el viento cierzo que levanta, vos lo fabricasteis ; ' pidiéndole los santos eche su paternal bendicion so bre los caminantes de este santo monte, le dicer *(Psal.* 144) : «Los ojos de todas las criaturas esperai en vos, Señor, y vos les dais su manjar en tiemp(conveniente. Abrís vos vuestra mano y henchís tod(animal de bendicion.»

§ XIX.

Mira como el amable Padre desde lo alto los mi ra, y con amorosos ojos los bendice y con el bácul(pastoral de su providencia los anima, diciendo poi Ezequiel *(Ezech.*, cap. 34): «Yo buscaré mis ovejas y las visitaré de la manera que visita el pastor s ganado cuando lo halla descarriado: y así yo visita ré mis ovejas y las sacaré de todos los lugares po donde andaban descarriadas, y en el dia de la nub y de la oscuridad sacarlas he de entre los pueblos juntarlas he en diversas tierras, y traerlas he á l suya, y aposentarlas he en los montes de Israe donde descansarán sobre las yerbas verdes, y será apacentadas en pastos muy abundosos, y las que mc ran en el desierto estarán seguras de los bosques puestas al rededor de mi collado; derramaré sobı ellas mi bendicion y enviaré las aguas lluvias á s tiempo, las cuales serán benditas, esto es, saluda bles y provechosas, y no dañosas á los pastos d(ganado.» ¿Es buen pastor el que con este amor cuid y trata á los suyos? ¿Quieres más bendiciones qu éstas que echa el Señor á sus siervos, que suben e

te santo monte del desengaño? Este es el camino, este es el capitan, estas las promesas, cuyo fin es el reino eterno.

§ XX.

Considera tú ahora, hermano mio, el estado en que vives, y que llegas á este santo monte: registra con la vista todos sus caminantes, que suben sus veredas; pon los ojos en sus costumbres, ejercicios y vida, y mírate á tí, si te hallas lleno de majestad y grandeza, cercado de coches, estufas, pajes y lacayos, con quien va solo y á pié, ¿qué parecerás? Al lado de quien su corazon sólo lo tiene en Dios, con el tuyo, que sólo lo tienes en el dinero? Con los que caminan ayunos, ¿cómo puedes caminar tan harto y lleno de delicias? Si quieres caminar con los limosneros, éstos van muy ligeros, porque caminan en los hombros de los pobres. ¿Cómo puedes tú seguirlos con tantos talegos? Si te arrimas á los despreciadores del mundo, es gente muy desocupada y todo el dia caminan; ¿y tú cómo los has de seguir, si todas las noches y dias las tienes ocupadas en tus pretensiones, bautizándolas por lícitas tu codicia? Si buscas los castos, tu lascivia los aparta de tí; si los humildes, tu soberbia no puede caminar por los pobres valles que ellos caminan, porque tus caminos son de cerro en cerro y de monte en monte, como halcon altanero. Si tienes juicio, hermano mio, echarás de ver que no llevas tú el camino que llevan aquellos santos caminantes; y no lo llevando yo te digo de parte de Dios que no llegarás adonde ellos llegaren.

§ XXI.

Trae S. Pedro Damiano un símil muy evidente para crédito de esta verdad. Dice el Santo: — Si un hombre quisiera hacer una jornada que nunca hubiese hecho, y para acertarla mejor se informase de un práctico del camino, preguntándole las señas y los pasos que tenía; y el práctico le dijese que en saliendo de la ciudad á media legua encontraría con una cruz, que dividía dos caminos, que en llegando á ella tomase el camino de mano derecha, y á breve encontraría una laguna muy grande, que en llegando tomase el camino de la otra mano, y que vería luego un castillo puesto en un alto monte, que caminase derecho á él, y que en llegando le fuese rodeando, y á sus espaldas hallaría el lugar; si el caminante saliese confiado con estas señas, y caminase todo el dia sin ver la cruz, sin encontrar la laguna, ni descubrir el castillo, y que cerraba ya la noche, ¿qué diría de su jornada? Pues abre tú ahora los ojos, ántes que llegue la noche de tu muerte, y mira si en el camino de este mundo, donde todos somos viadores, encuentras con las señas que te dan la vida y camino de los santos para el reino de Dios; y si no encuentras con ellas, erraste el camino, morador eres de Babilonia y esclavo del demonio, para cuyo desdichado fin mejor fuera que nunca hubieras nacido, ni tu madre te hubiera arrojado al mundo.

§ XXII.

Vuelve ahora los ojos de la consideracion al monte opuesto, monte de la vanidad, teatro de la soberbia y corte de la gran Babilonia, enemiga de Dios y compañera del demonio: mira la multitud de gentes que lo ocupan: mira cómo está asentada en la alta cumbre, con aquella bestia de siete cabezas que refiere S. Juan en su Apocalipsi (*Apoc*, 17), vestida de púrpura, guarnecida de oro y de piedras preciosas, y en su mano el cáliz dorado de sus deleites, lleno de todas las inmundicias y abominaciones, y en su frente escrito *Blasfemia*. La gran Babilonia, madre de la fornicacion y de la abominacion de la tierra, embriagada de la sangre de los mártires de Jesucristo. Mira Luzbel, su príncipe, con tantas tartáreas legiones que le acompañan, todos enemigos con odio irremediable de tu Padre, de tu Dios y de tu Criador. Mira la innumerable gente que los adora el pecho por tierra. Mira los moros con sus torpezas, los judíos con sus codicias, los bárbaros con su idolatría, los herejes con sus malicias. Mira los cristianos: aquí revienta el corazon de pena, y la sangre de él había de salir por nuestros ojos de dolor. Que siga esta ramera, que no conoce á Jesucristo, vaya; pero sus hijos, que profesan su purísima ley evangélica, ¡ apartádose hayan y sirvan á este infame! Y yo, que escribo esto (con dolor de mi corazon y lágrimas en mis ojos lo confieso), más de treinta años dejé el monte santo de Jesucristo, y serví loco y ciego á Babilonia y sus vicios, bebí el sucio cáliz de sus deleites, é ingrato á mi Señor

serví á su enemiga, no hartándome de beber en los sucios charcos de sus abominaciones: de lo cual me pesa, y pido á aquella altísima é imperial bondad perdon de mis pecados.

§ XXIII.

Cuenta S. Juan Clímaco, que yendo por el desierto, encontró con una calavera de un hombre, y le pregunto el Santo, ¿de quién era?—Fuí donde habitó el ánima de un condenado.

Serías de algun idólatra, dijo el Santo. Respondió:—Más bajo es mi tormento que el de los idólatras.

Serías de algun moro. — Más bajo (respondió) es mi infierno que el de los moros.

Serías (dijo el Santo) de algun judío, ó hereje. Respondió:—Más bajo y profundo es mi infierno.

Preguntó el Santo: ¿Pues fuiste cristiano? Y respondió: — Sí; pero mis tormentos son mayores que los de los cristianos, porque fuí sacerdote cristiano.

Esta es la mayor desdicha. Que el ciego no vea, vaya; pero ¡que el que ve sea ciego! Que el que tiene por bienaventuranza las riquezas las ame, no es mucho; pero que el que profesa que la bienaventuranza es no tenerlas por el amor de Dios las estime, es cosa de locos; ó mude lo que cree, ó crea que ha perdido el juicio.

§ XXIV.

Mira en este desdichado monte, á quien el mundo llama *felicidad*, la multitud de gente que le habita: mira la confusion, y babel, y vocería con que unos á otros no se entienden.

Mira los ambiciosos, qué tristes, y qué hambrientos de bienes de fortuna: hasta los montes de oro y plata tienen á las espaldas, no porque la desprecian, sino porque esta gente nunca mira lo que tienen, sino lo que les falta.

Mira los deshonestos encenagados en los pantanos de la lascivia, sin tener aun habilidad para dar voces, porque su torpeza es tanta que ni áun hablar les deja.

Mira los envidiosos comiéndose á bocados, siendo alimento de sí mismos. Mira los murmuradores de todo descontentos, y nada les parece bien, sino el decir mal.

Mira cuánto ladron, cuánto homicida, cuánto embustero, cuánta soberbia, cuánta vanidad ocupa la corte de esta ramera. Tambien tiene este maldito pueblo sus ermitaños y penitentes, unos que profesan virtud por sus comodidades, otros que viven solitarios por no hacer bien á nadie, otros que no comen de miserables, otros hacen penitencia por que los alaben; y ha llegado la locura á tal extremo, que hay quien derrame su sangre por parecer bien.

Mira los poderosos con la profanidad que sirven á su loca señora. ¡Qué coches, qué literas, qué estufas no ha inventado su comodidad! ¡Qué

comidas, bebidas, y olores su gula! Los tabiques de sus casas son cristales, sus templos un aposento de sus casas, adonde desde sus camas profanan (no adoran) el estupendo y santo sacrificio de la Misa, haciendo el sacerdote (como yo he visto) primero á ellos la reverencia para empezar, que á Dios nuestro Señor, en cuya presencia tiemblan los ángeles, y el firmamento se humilla. Si cuando Dios nuestro Señor se apareció en la zarza en el monte Oreb á Moises, porque quería ver aquel misterio, le dice Dios, que aquella es tierra santa, que se descalce, ¿qué debe hacer el que ve, y oye el santo sacrificio de la Misa, adonde está Dios humanado, como estaba en el fuego de la zarza? Y ha llegado el tiempo que delante de estos epulones (por nuestros graves pecados) no solo los sacerdotes de Dios les hacen reverencia, sino que acompañan las visitas hasta los estrados. ¡Oh desdichado siglo! ¡Oh tiempo lamentable! ¡Oh locos engañados! Dónde está el culto y veneracion que teneis á Dios, pues así tratais á sus criados?

Si en tiempo de S. Gregorio el Magno decía (no viendo estas bajezas, sino algunas tibiezas en los sacerdotes de Dios) que en aquel siglo había sacerdotes de palo, que celebraban en cálices de oro; y que en el tiempo antiguo había sacerdotes de oro, que celebraban en cálices de palo: ¿qué diría si viese estas ignominias?

§ XXV.

Pues no es la peor gente que tiene Babilonia: á esta otra más pésima la acompaña. Estos son unos filósofos mesurados, llenos de ciencia vana, de quienes Cristo nuestro Señor nos aconseja huyamos, porque son falsos profetas, que tienen pieles de ovejas, y por dentro son lobos carniceros, que despedazan nuestras almas con sus doctrinas falsas y engañosas. Estos son los peores; porque los que hasta aquí hemos referido con el letargo de los vicios, no hablan de la virtud, sino vicio y más vicio, y no buscan otra razon que dar pasto á sus apetitos. Pero éstos están llenos del cáliz de Babilonia hasta la boca, por donde lo derraman, llegando á ejecutar la mayor maldad que en la corte de la ramera se hace, que es hacer de los vicios virtudes, de las ofensas servicios, y de la malicia bondad, diciendo es agradable á Dios lo que su Divina Majestad aborrece, diciendo es lícito y loable lo que de su naturaleza es malo y pecaminoso.

Dice el padre maestro Avila, apóstol de la Andalucía, que esta gente es peor que Lutero, y da la razon; porque á la doctrina de Lutero, como dañosa y herética, cerramos los oidos á sus razones, conociendo ese veneno de nuestras almas; pero la doctrina de éstos, júzganla como medicamento saludable, y como á tal abrimos la boca de nuestro corazon, adonde recibimos en lugar de salud peste, y en lugar de vida, muerte.

Dicen, si ven la soberbia en las alhajas, grandeza y ostentacion, que el estado lo pide.

Si no dan limosna, que primero es pagar las deudas: si no las pagan, que el sustento de la casa, por ley natural, lo prohibe.

Si están en la Iglesia irreverentes, que no se ha de mostrar la virtud en cosas exteriores: si no frecuentan los Sacramentos, que es reverencia á tan alta Majestad.

Si es gloton y regalado, que no hace daño lo que entra por la boca, sino lo que sale por ella: si come carne y no ayuna es por una enfermedad que tuvo ahora cuarenta años, y por no tener ninguna hasta que se muera, que la prudencia es madre de las virtudes.

Si va á la comedia, que es acto indiferente. Si es usurero, que el uso de las tierras hace leyes. Si es simôniaco, que no toma dinero, sino lo recibe. Si vende la justicia, que hay leyes para todo. Si está amancebado, es pecado de flaqueza. Si homicida, que en el primer ímpetu no hay pecado. Si ladron, la extrema necesidad carece de ley. Si es desbaratado y loco, que la virtud de la eutropelia lo permite.

¡Oh malditos hijos de Baal, no sois vosotros israelitas de corazon simple y recto, sino hijos del demonio, ministros de Babilonia, doctrineros de Belcebú, y pervertidores de la doctrina de Jesucristo!

§ XXVI.

Mira con el amor que este infame pueblo da sus bienes á esta ramera, empeñan sus joyas, venden sus alhajas, disipan sus mayorazgos por darle sólo gusto.

Mira al demonio como blasfema de Jesucristo, y le dice: — mira, Cristo, la gente que me sigue, la majestad que me acompaña, mira qué obedientes me estan, como dan sus vidas y sus haciendas por mí, sin haberlas yo criado ni redimido con tantos dolores y trabajos como Tú los redimiste, ni haberles prometido reino eterno, ántes suplicio eterno. Mira que ni un ochavo te dan de limosna en tus pobres, y mira con cuanta liberalidad me dan todos sus bienes.

Afréntate, cristiano, de oir estas voces, ten honra verdadera, que todo lo demás es embuste; y mira como tratas á tu Dios, tu Padre, y tu Señor; y si el amor no te obliga, oblíguete el temor, teme su furor y la espada de su justicia que está sobre tí.

Mira lo que dice el profeta Amós: (*Amos, capitulo IX.*) Los ojos del Señor están puestos sobre el reino que peca para destruirlo y echarlo de sobre la haz de la tierra. Mira á lo que obliga al furor de Dios esta mala gente, que dice por el profeta Zacarías estas desconsoladas y tremendas palabras: (*Zachar., cap. XI.*) No quiero yo tener más cargo de apacentaros, lo que muere muera, y lo que mataren mátenlo, y los demás que se coman á bocados unos á otros. ¿Puede ser mayor el desamparo que esta gente tiene de Dios?

¡Oh desdichado pueblo sobre quien tal furor ha caido! Nunca fueras nacido para ser aborrecido de tu Criador, compañeros del demonio y pasto de los infiernos. ¡Oh Babilonia, ramera infame, cómo tienes engañados á los hijos de los hombres! Algun dia caerás á los abismos como se lo mostraron al apóstol S. Juan en aquella vision que refiere en su Apocalipsi, *(Apocal., cap. XVIII)* donde dice oyó una voz de un ángel que dejando caer desde el cielo una gran piedra de molino, decía: — «Cayó la gran Babilonia, y queda hecha habitacion de los demonios y guarda de espíritus inmundos, y guarda de las aves inmundas, y de todas las gentes que del vino de la ira y de la fornicacion bebieron.»

§ XXVII.

Ruégote ahora, hermano mio, que con maduro juicio te pongas en medio de estos dos montes tan opuestos. Mira al uno coronado de Dios tu Padre, y al otro del demonio, su enemigo: uno lleno de bendiciones de su paternal mano; otro lleno de maldiciones de su furor: uno, monte de verdad, cuyo fin es un reino eterno, una vida eterna, un descanso eterno; otro, monte de vanidad, cuyo fin es infierno eterno, horror eterno, tormento eterno y blasfemia eterna. Y está cierto que tú, que lees estas letras, has de parar dentro de breves dias (porque breves son los dias del hombre, dice el santo Job) en uno de estos dos lugares. Libre albedrío tienes; elige, que para coronar Dios tus obras y para que tengan mérito, te pone en libertad.

Elige, porque has de morir, y al salir tu alma de ese tu cuerpo en que ahora habita la tomarán estrecha cuenta de los pasos que ha dado en estos montes, que todos te los tienen contados, y ellos te llevarán al fin donde se encaminaron. ¡Quiera la gran misericordia de Dios y paternal piedad vayan á parar á él mismo, adonde descanses! Amén.



NOTA.

En la edicion de Sevilla termina el Discurso de la Verdad *en el § XXVIII; pero la obra no consta sino de XXVII, como se ve, pues en aquélla saltaron por equivocacion del § X al XII.*

SEGUNDA PARTE.

VARIOS ESCRITOS BREVES

DEL CABALLERO

DON MIGUEL DE MAÑARA.

ADVERTENCIA.

Ha parecido conveniente dar á continuacion del Discurso de la Verdad *algunos escritos sueltos y breves de D. Miguel de Mañara, juntamente con una sucinta noticia de su vida y santa muerte, testamento y protestacion de la Fe.*



CARTA

ESCRITA

POR D. MIGUEL MAÑARA VICENTELO DE LECA,

Hermano mayor de la Santa Caridad de Sevilla; exhortando á los Hermanos de la Santa Caridad de la ciudad de Antequera para animarlos á que con cristiano zelo fundaran casa de la Santa Caridad de nuestro Señor Jesucristo.

Hermanos amantísimos, á quien Dios nuestro Señor ha tomado por instrumentos para fundar la Casa de sus amantísimos hijos los pobres, nuestros muy caros hermanos.

No sabré significar á Vuesas mercedes el gozo que he sentido viendo sus fervorosos y santos deseos, y que Dios nuestro Señor los haya puesto en su viña, de que deben estar muy agradecidos, tomando la azada con valor y resolucion de varones, que Dios dará fuerzas. Y así repara el Padre Orozco en aquellas palabras del señor S. Pablo, que dice «que no será coronado sino el que legítimamente peleare»; que parece habia de decir : « el que legítimamente venciere», porque la corona no se da por la batalla, sino por el triunfo; pero en la casa de Dios nuestro Padre es muy difente. Bástanos pelear para

ser coronados, que Dios vencerá por nosotros. Vuesas mercedes no vuelvan el rostro á su llamamiento ni á su santa voz, que nunca merecieron oir. No huyan á Tarsis como Jonás; y poniéndoles á S. Lázaro á la puerta, no obren con él lo que el rico avariento. Ni á nuestro Hermano mayor Jesucristo, pobre, le vendan como Judas; sino como dice el santo Apóstol, sientan su vocacion, que á los que Dios llama para una cosa no los quiere para otra; y así ama más la obediencia que el sacrificio.

Cria Dios diferentes estados, y á cada uno le da el oficio que ha de tener; si nosotros nos trocamos, no harémos nada. Si S. Pablo, primer ermitaño, se hubiera metido á predicador, quizá no hubiera sido santo. Y si S. Pablo apóstol, se hubiera ido al desierto, quizá tampoco lo fuera. Al religioso lo quiere Dios con ciega obediencia, al ermitaño con quieta soledad, al maestro en la cátedra enseñando á los ignorantes, y al rico haciendo limosna en el hospital. Estas son las hachas encendidas que pone delante á cada estado; y si trocamos las luces quizá no verémos. Si el ermitaño dice: yo he de ser limosnero, perderá la soledad, y luégo ni será uno ni otro. Así es el rico que trata de retiro y no hace limosna, pierde lo uno y no consigue lo otro. Lo mismo vemos en los animales: si á un leon le dieran yerba y á un caballo carne, entrambos con el mantenimiento á la boca se morirían de hambre.

Dios ha sacado á Vuesas mercedes de las tinieblas de Egipto y de las oscuridades de Babilonia, y los ha puesto en el paraíso de la hospitalidad. Aquí le sirvan con fortaleza, que el reino de Dios padece

fuerza, y sólo los valerosos le alcanzan. El demonio es preciso levante sus banderas. Vuesas mercedes peleen con paciencia, que Dios vencerá y hará que sus quimeras vengan al suelo. Quien es de Dios no es del mundo, y así es preciso sean Vuesas mercedes perseguidos y murmurados, y aunque seamos pecadores, como lo somos los que andamos en estas santas obras, de la misma manera que para hacerle bien no miramos en el pobre malo sus faltas, por el respeto de la santa pobreza, de esa misma suerte, por el respeto de la santa caridad, que traemos entre nosotros, nos mira Dios con amor y benignidad. ¿Qué fuera de nosotros, si no hubiera pobres? Bien decía aquel siervo de Dios, que los que creen en el Evangelio, si no hallaran pobres á quien servir, habían de desenterrar sus huesos para en ellos ejecutar el mandato de Jesucristo, que tiene prometido su reino á quien les sirve, siendo nosotros más interesados que no ellos, pues les damos tierra y nos dan cielo. Por eso los llaman los santos «portadores de las riquezas á la otra vida», porque por sus manos transportamos nuestros bienes á la bienaventuranza, hallando en el otro siglo riquezas inmortales, á quien no corromperá el tiempo. ¡Oh cuántos mueren ricos, y despues viven pobres! ¡Y cuántos mueren pobres y viven ricos! Mucho es el número de los locos, dice la Sabiduría, que son tantos cuantos aman la vanidad, y tienen el corazon puesto en ella y los pies sobre la ley de Dios.

Cuentan en la vida de S. Juan Clímaco, que encontró en el desierto una calavera y le preguntó (1):

---

(1) Véase el § XXIII á la pág. 36. en el *Tratado de la Verdad*.

¿Qué ánima había estado dentro de ella? Y le respondió que la de un condenado. Díjole el Santo: serías de algun pagano ó judío. Respondió: —Más bajo es y mayor mi infierno que el de los paganos y judíos. Díjole, ¿pues fuiste de algun cristiano? Respondió: —Más profundo es mi infierno, porque fuí sacerdote y cristiano. Esto mismo le podíamos decir á la calavera de un rico condenado. —Ven acá, desdichado, tu perdicion fué porque fueron tantos tus trabajos, que te hicieron desesperar? ¿O tu pobreza tanta que te obligó á pecar? ¿Te pidió Dios la penitencia de San Juan Bautista, ó las cárceles de los mártires, ó los desiertos de los ermitaños, ó la clausura de los monjes? Sino que, de lo mucho que te sobraba, dieras un poco á Cristo pobre, y esto no lo hiciste. Sin duda ninguna estos desdichados ocupan lo más horrible del infierno, porque les llamó Dios con lo más suave y fácil que los pudo llamar, y no le oyeron. Y lo peor es con el amor y liberalidad que le dan al mundo sus bienes, y con la miseria que le dan á Cristo un ochavo.

Vuesas mercedes, hermanos amantísimos, estén ciertos, como lo dice nuestro P. S. Jerónimo, que no se acuerda haber visto morir mala muerte á ningun limosnero, y crean firmemente que no se puede servir á dos señores, y así es imposible servir al mundo y á Dios, y que la limosna á los buenos los hace santos, y á los malos los hace buenos. Y pues han echado la mano al arado, no vuelvan el rostro atras, porque no serán dignos del reino de Dios; y si prosiguen en el trabajo comenzado, Dios desde el cielo les echará su bendicion, los santos

ángeles estarán entre Vuesas mercedes, como estaban en el hospital con S. Juan de Dios: todos los santos serán sus abogados, y á la hora de la muerte estará la misericordia que usaron con los pobres, pidiendo á Dios su misericordia para con Vuesas mercedes, y que cumpla su palabra de ser misericordioso con quien lo fué, como la cumplirá. Y alcanzando esta bendita y amable misericordia, bienaventurados Vuesas mercedes, y bienaventurado el dia que Dios los trajo al mundo, para que gozasen tanta felicidad. Y yo, aunque no soy nada, me tienen Vuesas mercedes muy á su servicio, deseando los aumentos de esa santa casa, para honra de Dios nuestro Señor y alivio de sus pobres.

Guarde Dios á Vuesas mercedes en su gracia como deseo.—Sevilla y Mayo 21 de 1676. — De Vuesas mercedes mayor servidor,

D. Miguel Mañara.

CARTA

á un caballero de Sevilla que le suplicó se retrasara el entierro de un pobre para poder tomar parte en una funcion de correr cañas.

Señor mio y hermano:

En los juegos de cañas se representa el mundo, y nó su Divina Majestad; y ya que somos tan malos, no pasemos á perderle el respeto y reverencia. El pobre no ha de aguardar ni una hora de la que está señalada á darle sepultura. Vuesa merced venga á enterrarlo, que habrá muchos que le acompañen de muy buena voluntad.

Guarde Dios á V. md. y dé el fin que deseo. — De V. md. serv. y amigo,

Don Miguel Mañara

A LA VIDA.

SONETO

QUE HIZO EL VENERABLE D. MIGUEL MAÑARA.

Vive el rico en cuidados anegado,
Vive el pobre en miserias sumergido,
El monarca en lisonjas embebido,
Y á tristes penas el pastor atado.
El soldado en los triunfos congojado,
Vive el letrado á lo civil unido,
El sabio en providencias oprimido,
Vive el necio sin uso á lo criado.
El religioso vive con prisiones,
En el trabajo boga oficial fuerte,
Y de todos la muerte es acogida.
¿Y que es morir?—Dejarnos las pasiones.
¡Luego el vivir es una amarga muerte!
¡Luego el morir es una dulce vida!

INSCRIPCION

QUE

EL VENERABLE SEÑOR D. MIGUEL MAÑARA

mandó poner en el hospital de la Caridad,
y se lee sobre las enfermerías.

Esta obra se acabó año de nuestra salud
de 1674,
Imperando en el cielo nuestro Señor
Jesucristo:
Siendo Sumo Pontífice de la Iglesia el que
es Sumo Sacerdote
Segun el órden de Melquisedec:
Reinando en las Españas el que reina
en el Cielo:
Siendo Hermano Mayor de esta Santa Casa
su Divina Magestad;
Y pobre enfermo en estas camas el que
truena en el Cielo.

Hiciéronse á costa, y expensas de la Providencia
del muy alto Dios su Padre, con quien vive,
y reina en unidad del Espíritu Santo
más allá de los siglos.

SENTENCIA PROFÉTICA

que el venerable señor DON MIGUEL MAÑARA *hizo poner con letras de oro en los sitios más públicos del hospital de la Caridad.*

ESTA CASA DURARÁ
MIENTRAS Á DIOS TEMIEREN,
Y Á LOS POBRES DE JESUCRISTO SIRVIEREN,
Y EN ENTRANDO EN ELLA
LA CODICIA Y LA VANIDAD,
SE PERDERÁ.

Un devoto del venerable señor dijo así en verso, comentando ese mismo pensamiento:

AVARICIA Y VANIDAD,
A LOS POBRES TIBIO AMOR,
SERVIRLES CON FLOJEDAD,
Y Á DIOS CON POCO TEMOR,
PERDERÁN LA CARIDAD.

VARIAS INSCRIPCIONES

DE LA

SAGRADA ESCRITURA,

que recogió é hizo escribir en una tabla, y ponerla en parte pública de la santa casa de la Caridad (1). *Con objeto de enfervorizar á los que las leyeren, se imprimieron en la edicion de* 1688.

Bienaventurados los misericordiosos, que ellos alcanzarán misericordia. (*S. Mat.*, c. 5.)

Con la medida que midieres te han de medir. (*S. Luc.*, c. 6.)

La limosna libra de la muerte, y no deja al alma ir á las tinieblas. (*Tob.*, c. 4.)

La misericordia es más alta que el juicio. (*San Lúcas.*)

Dios tiene puestos los ojos en el que usa de misericordia. (*Eccl.*, c. 3.)

Sed misericordiosos, segun que vuestro Padre es misericordioso. (*S. Luc.*, 6.)

El que cierra sus oidos á las voces del pobre, él llamará y no será oido. (*Prov.*, 21.)

Bienaventurado aquél que trata del necesitado y

---

(1) Como que son sentencias tomadas de la Sagrada Escritura y muy conocidas, sólo ponemos algunas por via de muestra y como traduccion.

del pobre, porque en el dia malo librarlo há el Señor. El Señor le conserve y le dé vida, y haga bienaventurado en la tierra, y no permita caiga en manos de sus enemigos. El Señor le visite, y socorra en el lecho de su dolor. Toda su cama rodee este Señor en el tiempo de su enfermedad. *(Psal.* 40.)

Dice el Señor: Para qué quiero yo la muchedumbre de vuestros sacrificios, lleno estoy yo de los holocaustos de vuestros carneros y de las injundias de vuestros ganados, no me ofrezcais de aquí adelante sacrificios en balde; vuestro incienso me es abominacion, y vuestros ayuntamientos son perversos, y vuestras kalendas y las otras festividades del año aborrece mi alma, molestas me son y enojosas, y paso trabajo en sufrirlas. Amad el juicio, aliviad al afligido, juzgad al pupilo, defended la viuda, y argüidme si no os perdonare. *(Isai.,* c. 1.)

Quejábanse los hebreos, y decían: ¿Por qué, Señor, ayunamos, y no mirasteis nuestros ayunos? Afligimos nuestras almas, y no hicisteis caso de ello? Responde el Dios nuestro Señor:—Porque en el dia del ayuno vivís á vuestra voluntad; afligís y apretais á vuestros deudores; ayunais, mas nó de pleitos. No es, pues, ese el ayuno que á mí me agrada; romped las escrituras usurarias, quitad de encima de los pobres las cargas, dejad en su libertad á los afligidos y necesitados, de un pan que tuvieres parte el medio con el pobre, acoge á los necesitados y peregrinos en tu casa, viste al desnudo, y á tu carne no la desprecies. *(Isai.,* c. 58.)

Esto dice Dios omnipotente, que ni puede engañar ni ser engañado, y sus ministros enviados por él para nuestra luz y enseñanza; y sobre todo, en el

último dia, cuando los santos ángeles aparten los corderos de los cabritos, en aquel teatro universal de todos los nacidos, pondrá á su mano derecha con sus santos á todos los bienaventurados limosneros, y les dirá:—Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que se os tiene aparejado desde el principio del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer, estuve desnudo y me vestisteis, fuí peregrino y me hospedasteis, enfermo y me visitasteis. ¡Oh qué gran dia de buenos hermanos de la caridad de nuestro Señor Jesucristo? A quien responderán reventando de gozo: — Padre de nuestras entrañas, ¿cuándo á vos, que habitais en el cielo, os vimos enfermo, desnudo, peregrino y hambriento? Y responderá aquel Cielo de los cielos, Cordero mansísimo de Dios:—*Lo que con esos pequeñuelos mis hermanos hicisteis, conmigo lo hicisteis.* Esto ha de pasar infaliblemente, hermanos: bienaventurados vosotros, y bienaventurado el dia que nacisteis, y bienaventurada la hacienda que Dios os dió, si la gastais con Cristo pobre. Y desdichados de vosotros, hermanos de la avaricia, y nó de la santa caridad, y desdichado el dia que nacisteis y la hacienda que tuvisteis, si la gastais en servicio del mundo y del demonio, enemigos de Dios. *(S. Mat.*, c. 25.)

EJERCICIOS

QUE SE TIENEN

EN EL HOSPICIO DE LA SANTA CARIDAD

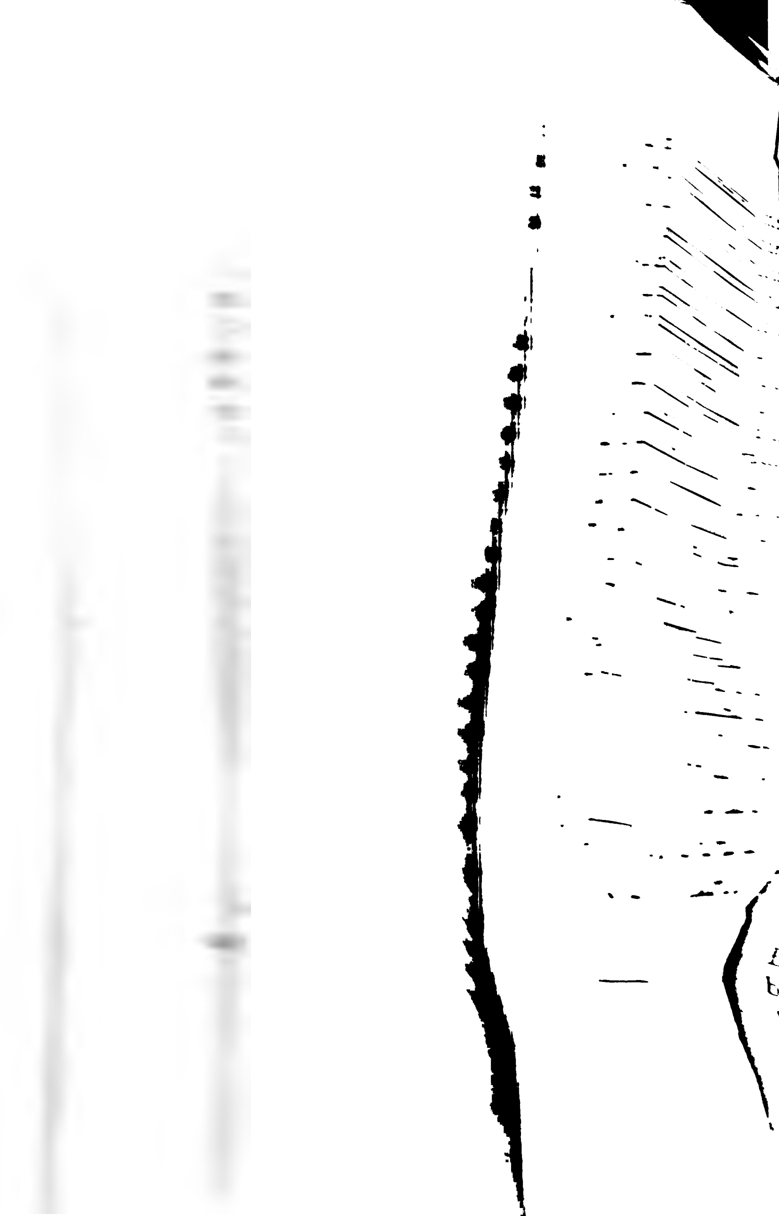
EN LA BIENAVENTURADA NOCHE BUENA.

Esta noche se levantan sus camas, y se pone un altar con el Misterio, lo más devoto que se pueda, y sus bancos á la redonda, en que están los pobres y hermanos; y empieza uno las oraciones siguientes y responden todos.

Por la señal de la santa Cruz, de nuestros enemigos líbranos, Señor, Dios nuestro, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

LA CONFESION.

Yo pecador me confieso á Dios todopoderoso, y á la bienaventurada siempre Vírgen María, y al bienaventurado S. Miguel Arcángel, y á S. Juan Bautista, á los Santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, y á todos los Santos, y á Vos, Padre, que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra, por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Y por tanto ruego á la Bienaventurada siempre Vírgen María, al Bienaventurado S. Miguel Arcángel, á san Juan Bautista, á los Santos Apóstoles S. Pedro y



C

y
e
l
es

nt
o
sp

od
n
l,
. P
, P
, p
mi
a si
l A
tol

Pablo, y á todos los Santos, y á Vos, Padre espiritual, que rogueis por mí á Dios nuestro Señor. Amén Jesus.

Acabada la confesion todos se sientan, pobres y hermanos mezclados unos con otros, y el Hermano mayor lee la historia siguiente.

En el tiempo del emperador de los romanos Augusto César, llamado Octaviano, se pregonó en todas las tierras sujetas á su imperio un mandato de qué todos los varones fuesen á la metrópoli y cabeza de los lugares donde vivían á registrarse, llevando sus nombres y una moneda, que cada uno había de dar, confesándose por sus vasallos pagando este tributo. Dió en esta curiosidad Octaviano, por saber el número de gente que tenía debajo de su cetro, por haberse hecho señor de la mayor parte de lo poblado. Estaba el orbe en paz, que duró seis años ántes que Cristo naciese, y seis años despues: era este siglo el año de tres mil novecientos y cincuenta y dos de la creacion del mundo, y de la fundacion de Roma setecientos y cincuenta y dos; del imperio de Octaviano, cuarenta y dos. Publicóse en Nazaret este mandato, pequeña aldea de las montañas de Judea, donde vivía José, varon justo, esposo de santa María Vírgen; y estando en el último mes de su preñado, por ser José de la casa y familia de David, tocábale llevar la moneda y su nombre á Belen, ciudad de David, donde iban todos los de aquel linaje. Iban la Vírgen María y su santo Esposo en este camino muy pobres y muy desamparados: salieron de una pobre aldea con poca prevencion, el tiempo

lleno de nieve y escarchas, los caminos con muchos arroyos y pantanos, los vientos recios y frios, los santos caminantes á pie, cargados de necesidad y trabajos, mal mantenidos y peor abrigados. ¡Oh Dios omnipotente, qué maravillas son estas! ¡qué tiene que ver tu omnipotencia con padres tan humildes y pobres!

Son muy diferentes caminos los mios que los vuestros, dice por Isaías: unos son los vuestros y otros son los mios. Pretenden los hombres honras y riquezas, huyen del abatimiento y deshonra, porque se aman á sí sobre todas las cosas, sin conocer los miserables que esta honra sólo es debida á Dios. Muy al contrario vino á manifestar su gloria al mundo, nó en la Real Jerusalen, nó en la triunfante Roma, nó en la gran Babilonia, sino en la humilde villa de Belen.

Llegaron á este lugar la Sacratísima Vírgen y su esposo con extrema necesidad, no hallan quien los recoja, perecen de hambre y frio, todos les dan con las puertas en la cara; hasta los viles mesoneros los desprecian, y tienen en poco. Viéndose en este desamparo se recogen á un portal, ó establo, junto á una cueva pegada á el meson ó diversorio: en este lugar, más sitio de penitencia que albergue de necesitados, á punto de la media noche, llegó el dichoso tiempo, el bienaventurado siglo en que los profetas habían señalado que el Hijo de Dios había de parecer en el mundo para remedio de nosotros pecadores. Conoció la sacratísima Vírgen su dichoso parto, nó por dolores que la previnieran, que estos nunca los tuvo, sino por grandísimos júbilos que su bendita alma sentía.

Estaban, por ser á la media noche, todas las criaturas olvidadas de su trabajo, gozando del descanso y quietud acostumbrada. Resplandecía el planeta luna con nuevos resplandores, y el sol tenía allí de que tener envidia, pues estaba ausente. Las estrellas que caminaban por mitad del cielo parecían pararse á ver tan gran maravilla. Los elementos sosegados, aguardaban ver el prodigio venidero. Toda la naturaleza criada estaba como atónita y suspensa aguardando tal asombro. Llegando la hora tan dichosa de la bienaventurada Noche Buena, levantó la Vírgen los ojos al cielo en cuyo instante el Padre de las maravillas rompió las nubes, y llovió al Justo deseado de todas las gentes. La tierra le recibió gozosa en sus espaldas; el agua bañó su rostro en lágrimas; el aire se calentó con sus gemidos, el fuego abrigó al recien nacido Infante. Débese creer piadosamente que la primera accion que la Sacratísima Vírgen haría, y como á algunos santos ha sido revelado, fué adorarle puesta de rodillas, como á su Dios. Y luégo, dice el Evangelista S. Lúcas, le envolvió en paños, y le puso en un pesebre entre pajas. No se halló á el santo nacimiento de criaturas corpóreas más que la Sacratísima Vírgen, el justo José su esposo, y dos animales, como lo canta nuestra santa Madre la Iglesia en un responso de los Maitines de esta dichosa noche, en la cual se vió cumplida la profecía de Habacuc, segun la traslacion de los setenta y dos intérpretes, que dice: «Parecerá en medio de animales.»

Estaban (dice S. Lúcas) en aquella ocasion algunos pastores en vela que vigilantes guardaban sus ganados: ven una nueva luz en el aire

que les perturba: oyen en el viento dulces canciones, levantan los ojos al cielo, y míranlos abiertos, y el reino de Dios manifiesto, y sus santos ángeles visibles y corpóreos. La soberana vision los admira, y no pudiendo resistir su flaca naturaleza la luz inaccesible que los cerca, admirados caen en tierra. Resuena el aire con celestes músicas, suena la santa voz en sus oidos: «¡Gloria al Altísimo Dios, pronuncian, y paz al hombre de buena voluntad, repiten!» Lléganse á los pastores, y con santa alegría les anuncian las dichosas nuevas, de como el Salvador del mundo era nacido. No fueron, dice S. Juan Crisóstomo, á buscar á los escribas y fariseos y sabios de Jerusalen, ni á los filósofos de Atenas, ni á los romanos fuertes, porque todos estaban dormidos en vicios y pecados, sino á los humildes pastores, pobres y no conocidos, y aunque al principio su luz no conocida los espanta, luego su caridad comunicada los anima. Dícenles como era nacido el Mesías, y dánles señas para que lo vayan á adorar.—«Hallaréis, dicen, á el Infante envuelto en paños, y puesto en un pesebre. Aquí se pasma la naturaleza humana y el más alto entendimiento empieza á conocer á Dios, no conociéndole. Dios y Niño! ¡Dios, y un pesebre! ¡Dios, y pobreza! ¡Bañado en lágrimas Dios! ¡Sin mudanza, ha hecho tal mudanza! ¡El que es Eterno, es ya hombre mortal! ¡El que tiene su asiento sobre los querubines, está entre pajas! ¡El que pisa las estrellas y camina sobre las alas de los vientos, envuelto entre paños! ¡El que truena y relampaguea en el cielo, tiritando de frio! ¡El Señor de los tiempos llorando del rigor del tiempo! Este

es el asombro mayor que cabe en lo posible; el prodigio y maravilla que asombra al cielo y la tierra, y solo cabe en la gran misericordia y caridad de Dios.

Grandes cosas sucedieron en esta ocasion en diversas partes del mundo. En Roma, dice Paulo Orosio, que se vió aquel dia una fuente de óleo excelentísimo que manó y llegó hasta el rio Tíber, con gran admiracion de la ciudad. Eutropio, dice, que apareció un cerco en el sol al dia siguiente tan claro y de tan gran resplandor, como el mismo sol. Al emperador Octaviano se le ofreció este dia por el Senado romano el llamarle absoluto señor de todo el orbe, y lo rehusó y no quiso admitirlo. Estaba en Roma una estatua dorada puesta por Rómulo en su palacio con este sobre escrito (como dice Martin Polono): « No caerá hasta que para una doncella, y permanezca doncella »; y teniendo esto por imposible le pusieron título de *cosa perpetua:* ésta cayó á la hora que Jesucristo nació. En España, dice D. Lúcas de Tuy, que apareció una nube tan lustrosa y resplandeciente, que hizo la noche clara como el dia. Estas cosas, y otras muchas que sucedieron al tiempo del nacimiento de Jesucristo, considerándolas los cristianos sus hijos, les han de ser ocasion para que agradezcan á Dios el gran beneficio que este dia les hizo; y ya que no tuvieron la dicha de vivir en aquel dichoso y bienaventurado tiempo, y de ir con los santos pastores á adorarle en el pobre establo en que nació, preparémosle habitacion santa en nuestros corazones, que el Señor vendrá á nosotros á recibir los dones que le ofreciéremos; y pues nos da compasion el verle

en tal sitio y pobreza, más lástima nos dé el hospedarle por nuestra propia voluntad entre las inmundicias de nuestros pecados. Dénos lástima de ver su santa inocencia junto á nuestra malicia, su humildad junto á nuestra soberbia, su pobreza junto á nuestra avaricia, y su verdad junto á nuestra mentira. Ofrezcámosle dones dignos del altar de Dios, lágrimas de nuestros gravísimos pecados, miseracion de sus trabajos, y fuego de caridad verdadera, que consuma toda la escoria de nuestras miserias é imperfecciones. Y pues los santos ángeles con tan grande júbilo y alegría alaban al Señor y le dan gracias porque vino á redimir el mundo, no tocándoles á ellos este beneficio, como toca á el hombre; y tocándonos tanto, ¿qué debemos hacer si aquéllos le dan gracias y le alaban por la misericordia ajena? Quien la recibe, y fué reparado por ella, qué debe hacer sino con humilde corazon, deseando ser ángeles en la vida, y amar á Dios como ellos, le alabemos, pidiendo perdon de nuestros yerros al Padre de las maravillas, diciendo:

Padre nuestro, Eterno y Santo. . . . .
Hijo, Redentor del mundo,
Espíritu Santo justo,
Trinidad en un Dios solo,
Dios de ser incomprensible,
Dios de Israel fortísimo,
Señor Dios de los ejércitos,
El que fué, es, y será,
Padre del futuro siglo,
Poderoso, sabio é inmenso,
Rey inmortal é invisible. . . . .

} Misericordia, Señor.

Inefable y justiciero. . . . .
Señor único y piadoso,
Por quien somos y vivimos,
Emanuel, alfa, y omega,
Causa de las causas prima,
Príncipe de paz eterno,
Redentor de los cautivos,
Luz de las tinieblas nuestras,
Medicina á nuestros males,
Sol de justicia *ab aeterno*,
Salvador de los perdidos,
Señor en humano velo. . . . .
Misericordia, Señor.

María, tu Madre santa, *alábete*, *Señor*.
María, tu Esposa amada, *alábete*.
María, tu hija humilde, *alábete*.

Angeles santos del cielo. . . . .
Patriarcas nuestros padres,
Profetas de Dios altísimo,
Apóstoles suyos santos,
Mártires fuertes ilustres,
Confesores verdaderos,
Ermitaños penitentes,
Vírgenes puras y castas,
Sacerdotes y levitas,
Varones, niños y mozos,
Reyes, grandes y pequeños,
Todo tu pueblo escogido,
Estrellas del firmamento,
Planetas sol y la luna,
Las tinieblas y la luz,
Los años, dias y meses,
Vientos, truenos y relámpagos,
Lluvias, granizos y nieves. . . . .
Alábente, Señor.

Montes, riscos y collados. . . . .
Breñas, selvas y desiertos,
Prados amenos y flores,
Frutos, árboles y yerbas,
Golfos y espumas del mar,
Rios, fuentes y lagunas,
Toda multitud de peces,
Aves del aire ligeras,
Brutos de la tierra dura,
Agua, fuego, tierra y viento. . . . .

Alábente, Señor.

El hombre tu criatura, *alábete, Señor.*
Los pobres que son de espíritu, *alábente.*
El corazon limpio y puro, *alábete.*
El que padece por tí, *alábete.*
El que llora sus pecados, *alábete.*
El fervoroso en servirte, *alábete.*
El que es creyente en tu Iglesia, *alábete.*
El que espera en tu bondad, *alábete.*
Los pastores en Belen, *alábente.*
Los sabios reyes postrados, *alábente.*

Y con ellos juntamente digamos: Alabanza, honor y gloria sea dada á nuestro Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

Luego se dicen el Padre nuestro, Ave-María, Credo, Salve, Mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia, y artículos de la Fe.

OFRECIMIENTO.

Estas oraciones que hemos rezado ofrecemos á la sagrada Pasion de nuestro Señor Jesucristo, por el estado de la santa Iglesia, paz y concordia entre los reyes y príncipes cristianos, victoria contra infieles, y por los que están en pecado mortal, y por las benditas ánimas del purgatorio, y por todos aquéllos que hoy nos han dado limosna, y por los bienhechores de esta santa casa, y por todos nosotros que su Divina Majestad nos dé buena vida y buena muerte, y nos deje acabar en su santo servicio para que muriendo en gracia, merezcamos verle en la vida eterna. Amén.





VIDA Y VIRTUDES

DEL CABALLERO

D. MIGUEL MAÑARA VICENTELO DE LECA.

Varios son los que han escrito acerca de la vida de D. Miguel Mañara. Publicóla en Sevilla el año 1679 el P. Juan de Cárdenas, de la Compañía de Jesus, dando á continuacion de ella el *Discurso de la Verdad* y otros escritos sueltos del mismo, que acabamos de reproducir, juntamente con su testamento, que insertarémos luégo. En francés la publicó poco tiempo há el Excmo. Sr. D. Antonio de Latour, y se imprimió en Sevilla el año 1862 la traduccion de ella hecha por el presbítero D. Pedro Galome.

La biografía escrita por el P. Cárdenas tiene un colorido enteramente ascético: lleva por objeto « el consuelo de los hermanos de la Santa Caridad, que la hicieron imprimir para comun edificacion. » La del Sr. Latour tiene un objeto más bien literario y crítico. Principia por demostrar que el caballero Mañara no pudo ser el tipo del *D. Juan Tenorio* moderno, ni del antiguo *Convidado de piedra*, porque cuando escribió este drama el P. Tirso de Mo-

lina aún no había nacido D. Miguel Mañara. La razon es contundente.

Nosotros prescindirémos de una y otra relacion.

Al reproducir en este folleto el *Discurso de la Verdad*, nuestro objeto principal es dar á conocer y popularizar ese precioso y breve tratadito ascético, que habla al alma con lenguaje sencillo y enérgico al par, duro á veces, pero siempre al alcance de las inteligencias ménos instruidas. Entonacion digna de la pluma de Bossuet le halla el Sr. Latour. Por ese motivo no debe extrañarse que demos esta breve noticia de su vida, virtudes y santa muerte, despues del *Discurso de la Verdad*, como damos tambien sus escritos sueltos y la protestacion de la fe y su testamento á continuacion de esta breve noticia biográfica. La vida de los justos es la práctica de sus escritos.

§ 1.º—*Primera edad: conversion.*

D. Miguel de Mañara nació en Sevilla el año 1626, de una familia muy ilustre: él mismo tuvo el honor de ser caballero de la órden de Calatrava. Estuvo casado con D.ª Jerónima Carrillo de Mendoza, hija única de D. Diego Carrillo, señor de Huelago y de Fonelas, caballero del Orden de Santiago, y de Doña Ana de Castrillo, señora de Montejaque.

Vivía en el estado del matrimonio en santa paz y contento, cuando Dios dispuso privarle de su esposa.

Había llevado D. Juan ántes de casarse una vida bastante disipada. «Más de treinta años, nos dice él mismo, serví loco y ciego á Babilonia, y bebí el sucio cáliz de sus deleites (§ XXII, pág. 35)»; pero no es

creible que fuera hasta el punto de ser el impío, escéptico y temerario personaje, sin Dios y sin ley, que dibujó el Mtro. Tirso en *El Convidado de piedra,* fenómeno raro y excepcional por fortuna en aquellos tiempos, y tipo vulgar, comun y grosero por desgracia en nuestros dias. Al lado de su moribunda esposa en el pueblo de Montejaque estudió D. Miguel esas *verdades eternas* acerca de la vanidad de las cosas humanas, la agonía, el tránsito de esta vida, la frialdad del cadáver y la soledad de la tumba, que con tan patéticas frases nos ha pintado en el *Discurso de la Verdad.* Ya para entónces Dios había tocado en su corazon, logrando reportar su ira en una ocasion en que, trasportado de cólera por un supuesto ultraje, logró dominar ésta y contenerse.

Al pronto pensó retirarse á un claustro. Dios le llamaba para sí por otro camino, para él mucho más áspero: tenía que ser *fraile en el siglo,* cosa muy difícil. Para su carácter extremado el ser *fraile en el claustro,* una vez supuesta su vocacion y dejacion de todo, era muy fácil. «Vivía en su casa, dice el P. Cárdenas, como si estuviera en la religion más recoleta..... Como le veían tan solo y retirado, unos decían que estaba loco, otros que era melancolía.» ¡Cuánto dan que pensar estas sencillas frases del piadoso biógrafo!

Pero tampoco era esto para lo que Dios le llamaba. Si se hubiese reducido á vivir de ese modo, yendo de su casa á la iglesia y de la iglesia á su casa, rezando mucho y trabajando poco ó nada, hubiera sido solamente el tipo vulgar, tan comun entónces y áun ahora, en España, *del devoto á su modo,* que, á pretexto de misticismo nada trabaja por el prójimo,

no practica obras de misericordia, y no hace limosnas ó las hace por ajena mano, ni cuida de la honra de Dios, ni de la defensa de los santos derechos de Este y los de la santa Iglesia, á pretexto de que *no quiere meterse en nada.*

Una tarde que paseaba por la izquierda del Guadalquivir, encontró á la puerta de la ermita de San Jorje á un caballero llamado D. Diego Mirafuentes, Hermano mayor de una piadosa congregacion llamada de la *Caridad.* Con él trabó conversacion, y sintió impulsos de entrar en aquella piadosa hermandad para dedicarse á las obras de misericordia, uniendo la vida activa seglar á la contemplativa interior y doméstica. ¡Cosa rara! los hermanos eran pocos, y con todo se negaron á admitirle: tenía Don Miguel fama de altanero, y temían su orgullo. Había escandalizado con sus devaneos, y era justo que los expiara. Por otra parte, como dice el Padre Cárdenas, «ya el demonio temía la guerra que este varon de Dios había de hacer al infierno». Y era así, pues poco tiempo despues no sólo era el más fervoroso de todos los hermanos, sino que fué elegido Hermano mayor al año de haber ingresado, y el que había escandalizado con sus travesuras y altaneria, era modelo de humildad, edificacion del pueblo y atractivo de la nobleza para hacerla despreciar el mundo y contribuir á las obras de caridad.

En 1662 fué elegido Hermano mayor por los que un año ántes no le querían por hermano, y lo fué de ellos y de otros muchos que atrajo á la congregacion hasta que llegó la hora de su muerte, pues ya no quisieron tener otro superior. Tenía,

treinta y seis años cuando le eligieron, y desempeñó el cargo durante diez y siete años consecutivos.

Por su sencillez y naturalidad es muy precioso el párrafo en que describe el P. Cárdenas la vergüenza que pasó al ejercitar en público los primeros actos de caridad y misericordia. «Recibido ya en la *Caridad*, á pocos dias le echaron la demanda de la limosna de los entierros, acompañando los cuerpos muertos, para que la fuese pidiendo por las calles de la ciudad. Al principio sintió grandísima repugnancia en este ejercicio: poníasele su puesto, su reputacion y el qué dirán. *Un color se le iba y otro se le venía.* Peleando consigo mismo, quería levantar la voz para pedir limosna, y la natural repugnancia le ahogaba la voz.»

¡Qué descripcion tan bella, cuanto enérgica y sencilla! ¡Cuánto dice la naturalidad de esa frase, tan vulgar como castiza, *un color se le iba y otro se le venía!* Parece que se está viendo al católico recien convertido, que lucha con el respeto humano y el *qué dirán*, cuando se resuelve á dejar el mundo, presentándose por primera vez como humilde discípulo de nuestro Señor Jesucristo.

Mañara se resolvió, pidió limosna en voz alta, venció y llegó á sentir un gran consuelo en lo que ántes le causaba rubor.

§ 2.º—*Su conducta edificante y grandes obras en la Caridad.*

Su primer empresa fué construir un albergue para los pobres peregrinos, y los que no encontraban donde refugiarse. Halló un almacen desmantelado junto á la iglesia de la Caridad, y se propuso habilitarlo : cuando hizo la propuesta estaba la Hermandad escasa de hombres y recursos, y se rieron de él. Las razones eran muy fuertes, y los discretos tenían razon en oponerse: los ignorantes apoyaron al Hermano mayor, y la empresa hubo de llevarse á cabo con el favor de Dios, que arregla el éxito.

No le faltaron en el ejercicio de la caridad sinsabores y disgustos: era obra de Dios la que emprendía, y debía pasar por el crisol de la tribulacion, que suele ser la calumnia. Levantáronle que la Hermandad se valía de supercherías para allegar cofrades y dineros. Que andaban por las calles con las andas vacías y cubiertas con un paño, aparentando que llevaban algun muerto, para juntar limosnas; que con éstas aumentaban el número de holgazanes y gente vagamunda, y que al enterrar á los ajusticiados con estimacion, daban tambien lugar con eso indirectamente á fomentar los delitos.

La calumnia y difamaciones llegaron á tomar tanto cuerpo, que el Dr. D. Francisco Mexía, que era hermano de la Caridad, se creyó en el caso de escribir un memorial ó vindicacion, refutándolas. Mañara se opuso á que se imprimiera, diciendo: *La verdad no la han de defender hombres, que todos somos mentirosos, sino la misma Verdad, que es*

Dios (1). Y así fué, pues los tres calumniadores, que eran dos clérigos y un seglar, murieron poco despues desastrosamente, éste impenitente, y los otros dos el uno paralítico y el otro de repente y sin sacramentos en la cama, donde amaneció muerto.

Pero viendo que había pobres con enfermedades contagiosas, á quienes no querían recibir en los hospitales, concibió el proyecto de fundar un hospital para ellos, diciendo que esos eran los *pobres más pobres*, puesto que ni áun en el hospital los recibían. ¡Cosa rara! nadie se opuso ya á este proyecto, mucho más costoso y atrevido que el de habilitar un pobre albergue donde recoger peregrinos y gente sin casa ni hogar. Tal era la confianza que inspiraba ya D. Miguel de Mañara, el cual confiaba en Dios.

Puso al pronto doce camas en el almacen de la hospedería, y con mucha pobreza. Al poco tiempo tuvo que aumentar otras doce camas, que luego subieron á cincuenta, y más adelante á ciento, con gran ensanche de la obra. ¿De dónde salían los recursos para tantas obras y tales aumentos? Su patrimonio no alcanzaba á tanto, aunque mucho ponía de él tratándose parca y modestamente. Algunas veces se creyeron medios milagrosos otros meramente humanos, pero tan *providenciales*, que sin necesidad de alterar el órden de la naturaleza, se veía en ellos el *dedo de Dios. ¡Digitus Dei est hic!*

Dos de ellos, entre muchos otros, ilustran el asunto.

Pasando el Obispo del Cuzco por Sevilla, á fin de embarcarse para ir á su obispado, tuvo devocion de

(1) *Ego sum via, veritas et vita.*

asistir una noche al hospital para ver repartir la cena á los pobres: él mismo ayudó á servirla. Al llegar á Cádiz el Sr. Obispo ayudó á bien morir á un rico llamado Mateo Soto, y deseando éste hacer algunas buenas obras, le sugirió el prelado diese algo para la Caridad de Sevilla. Con diez y seis mil ducados que envió, se hizo la obra del hospicio nuevo y se pusieron veinticuatro camas.

Por el mismo tiempo un caballero de Sevilla, hermano de la Caridad, le entregó en secreto veinticuatro mil quinientos ducados, en remision de sus culpas, y exigiendo no revelara su nombre. Muerto éste, Mañara no se creyó obligado ya á guardar el secreto, y reveló el nombre de D. Luis Bucareli, y á vista del cadáver de éste, estando de cuerpo presente, dijo en público su buena accion, cuando ya no había lugar á la vanidad. Cumplió el consejo que dice: *Lauda post mortem.*

Más que estas empresas y buenas obras fué el mérito que obtuvo reduciendo á bien vivir y cristiana vida á toda la nobleza de Sevilla: esta fué la *empresa de las empresas.* La locura es moralmente contagiosa: un loco hace á ciento. La *locura santa* de la cruz (que tal juzga el mundo la vida del justo, al decir del libro de la *Sabiduría,* cap. 5, vers. 4), tiene tambien su benéfica influencia, y, por decirlo así, *bendito contagio.* La fisiología lo explicará á su modo con su raciocinio glacial, y su grosero materialismo: pero el catolicismo desprecia esos cálculos, como esa ciencia hinchada y petulante desprecia al catolicismo. Levantando nuestra vista al cielo, dejemos á los que se rebajan hasta los jumentos abajarse á la tierra; y expliquemos las cosas de Dios por la voluntad y

el favor de Dios, que dispone de los corazones de los hombres sin perjudicar su libre albedrío.

El santo celo y humildad cristiana de D. Miguel de Mañara lograron sobreponerse á la altivez de toda la nobleza de Sevilla. Á pesar de que en aquella época de aristocrático orgullo se sujetaba á los hermanos á humillantes ceremonias, todos los nobles entraron en la hermandad de la Santa Caridad, y se sujetaban á las humillaciones que se les imponían. «Es cosa que enternece y hace saltar las lágrimas de los ojos de los presentes, dice el P. Cárdenas, ver que en entrando un caballero de los que tienen oficio de *hospicieros*, aunque sea de los de mayor suposicion, se quita la capa, visita la enfermería, y besa la mano al pobre más anciano en nombre de todos los demás (1). Y, en viniendo el cirujano, lleva la caja de los ungüentos y vendas, y delante del pobre que ha de ser curado se hinca de rodillas, le sirve en aquel ministerio, respectando *(sic)* en él á N. Señor Jesucristo.»

En nuestros dias, y áun dadas nuestras ideas modernas igualitarias, no deja de tener esto su mérito no pequeño, pero dadas las ideas del siglo XVII, apénas se concibe que los nobles, ¡y nobles sevillanos! se prestaran á pasar por estas llamadas *bajezas*, por mucho que fuera el fervor del caballero Mañara, ó si se quiere, su *fanatismo* y *locura* en el lenguaje del mundo y de la pedantería científica.

---

(1) **En ocasion en que S. M. la reina Doña Isabel II visitó aquel santo hospital, estando en Sevilla, se sujetó á esta ceremonia como Hermana mayor, y besó la mano del primer pobre de la primera sala donde entró.**

Concíbese que los nobles le dieran dinero para sus empresas, pero es más fácil desasirse del dinero que de la vanidad y del orgullo.

Prohibió que en el hospital se dieran tratamientos: á nadie se daba *Excelencia* ni *Señoría;* el tratamiento era de *vuesa merced*, equivalente al *usted* de ahora. Estando un dia de junta entraron tarde los marqueses de Algaba y Villamanrique: levantáronse varios hermanos para hacerles lugar. D. Miguel Mañara, que estaba presidiendo, dió una palmada en la mesa, y dijo: — ¡En la casa de la humildad no se practican cortesías de mundo! Sentáronse todos, y los marqueses en el lugar último; y añade el sencillo biógrafo ya citado que «estuvieron tan léjos de sentirse, que ántes aprobaron y veneraron el aviso del Hermano mayor.»

El *contagio santo* pasó muy adelante: no era ya respeto y deseo de secundarle é imitarle; llegó á inspirar á los nobles y gente de mundo cierta especie de reverencia. Una sola palabra suya bastaba para imponerles. Cuando alguno se dejaba llevar de respetos humanos, ó quería unir actos de devocion con otros actos profanos, bastaba para corregirles su frase usual: — *¡Dios y el mundo no caben!* es precisamente la síntesis de su *Discurso de la verdad.* ¡Tan arraigada tenía esa idea!

En las juntas ó *cabildos generales*, en que á veces llegaban á reunirse doscientos hermanos, reinaba el mayor silencio: *callaban como novicios,* dice el Padre Cárdenas, y si alguno se propasaba alguna vez á hablar con el de al lado, bastaba que le mirase Don Miguel para que callara y se *compusiera.*

Queda inserta ya la carta que escribió á un noble

que le suplicaba se retrasara el entierro de un pobre al cual deseaba asistir despues de una fiesta de correr cañas, en la que deseaba no faltar.

Las artes debieron tambien no poco al caballero Mañara, pues en su tiempo pintó Murillo para la iglesia de la Caridad el cuadro de las *Aguas de Moises*, la *Multiplicacion de panes* y *Sta. Isabel en el hospital*, que conserva la Real Academia en Madrid.

§ 3.º—*Dichoso tránsito de D. Miguel Mañara.— Opinion de santidad.*

Nuevamente quiso D. Miguel dejar todas sus cosas y empresas, y retirarse á pasar los últimos dias de su vida en una religion muy estrecha. Dábale pena tener que vivir en un palacio y poseer bienes, aunque él en su trato vivía pobremente, y practicaba grandes penitencias y mortificaciones, pues llegó á privarse hasta de tomar chocolate para su desayuno. Su confesor el P. Fr. Juan de la Presentacion, mercenario descalzo, se opuso á que se retirase al claustro, mandándole consultarlo con tres varones de mucho espíritu y práctica en la direccion de almas justas, y todos ellos se opusieron á semejante idea. Hubo de resignarse á vivir y morir en el siglo.

Corría el año de 1679, cuando le sobrevino el mal de que había de morir. Visitóle dos veces durante su enfermedad el arzobispo de Sevilla D. Ambrosio Espinola: sorprendido al ver la alegría de su rostro, le respondió Mañara con humilde sencillez, que estaba muy contento porque iba á morir. Su tránsito fué el dia 9 de Mayo de aquel año, despues

de haber recibido los santos sacramentos, gozando de tal paz, que no se notó el momento de su muerte.

Mandó que se le enterrara sin ataud, y que su cadáver fuera conducido en las andas en que se llevaban los de los pobres.

Se le amortajó con el hábito de Calatrava, y le condujeron en hombros á la iglesia los caballeros de la misma Orden, acompañando el duelo toda la nobleza de Sevilla, pero el féretro le rodeaban doce pobres con hachas, pues tal fué su voluntad que le acompañasen muerto, ya que él se había desvivido por ellos durante los últimos años de su vida. Presidían el duelo sus sobrinos D. Juan Tello de Guzman, marqués de Paradas, y D. Juan Vicentelo de Leca, marqués de Brenes y almirante general de la Real Armada, con otros dos parientes suyos. El oficio fué humilde y sin música, segun su voluntad, y el entierro á la entrada de la iglesia, donde le pisaran todos los que entrasen.

Hízosele novenario, asistiendo por turno las principales comunidades de Sevilla; pero fué lo más notable que el cabildo de la santa Iglesia metropolitana quiso tomar parte en aquellas honras, ¡cosa inaudita! y para ello tomó el acuerdo siguiente, que dice más que todo cuanto pudiera decirse.

«Lúnes 15 de Mayo, en el Cabildo ordinario, presidiendo el Sr. Dr. D. Francisco de Omonte y Verástegui, dean y canónigo, etc.

»Este dia, *de conformidad de todos los Sres. Capitulares*, atendiendo á las *heroicas virtudes*, que ejercitó en esta ciudad, y al *ejemplo universal que dió en todo el reino* D. Miguel Mañara Vicentelo, ilustrando con ellas no sólo á su dichosa patria Se-

villa, sino á todas las más ciudades de España, y deseando hacer demostracion del aprecio y estimacion que hace della, mandó que el dia 19 de este mes, que se hacen sus honras en la iglesia de la Santa Caridad, sita en la colacion de esta santa Iglesia, digan la Misa los Sres. D. Fernando de Baeza y Mendoza, chantre y canónigo, D. Justino de Neve, canónigo, y D. Gabriel Perez de Mañara Omonte, racionero, diputacion nombrada por Su Señoría y en su nombre; *sin que sirva de ejemplar, y por gracia.* Así lo acordaron y mandaron en dicho dia 15 de Mayo de 1679 años. — *D. Justino de Neve,* secretario.»

Ofició, pues, aquella comision en ese dia la Misa á nombre del Cabildo, con la capilla de la Catedral y dependientes de ella, cosa no vista en Sevilla, y el mismo Sr. Arzobispo fué á oirla con toda su familia.

La devocion que inspiraba principió á propalar algunos milagros hechos por intercesion suya. Dos meses despues de su muerte los hermanos de la Caridad abrieron secretamente su sepultura, y encontraron el cadáver de Mañara íntegro, incorrupto y sin hedor alguno, á pesar de no haber sido enterrado con ataud ni caja.

«Tocáronle los piés, las manos y el rostro, escribe uno de los testigos, y conocieron estar la carne con toda su entereza y sanidad, como de hombre vivo, y habiéndome yo hallado presente, lo reconocí todo como lo tengo referido.» La Hermandad no se creyó ya obligada á cumplir por más tiempo su última voluntad, pues ya se habia cumplido al de su entierro. Pusiéronle nuevo manto de Calatrava, y le

colocaron en un ataud de cedro forrado de raso blanco por dentro y terciopelo carmesí por fuera.

En 27 de Julio de 1680 se entabló ante el ordinario el expediente de beatificacion, en que se oyeron diez y nueve testigos, y se terminó dos años despues, en 10 de Julio de 1682. Extraña el Sr. Latour que el expediente durmiera luégo cincuenta años. No debió extrañarlo: así lo manda la Iglesia, que quiere observar si la fama de santidad subsiste al cabo de dos generaciones, que es á lo que equivale la duracion de medio siglo. Entónces los expedientes formados por los ordinarios se rehacen con autoridad apostólica.

Suscitóse el expediente de nuevo en 1733. A instancias de la Caridad y del Ayuntamiento de Sevilla, Fernando VI mandó al embajador en Roma gestionase cerca de la Santa Sede para que se admitiera la causa, y el papa Benedicto XIV mandó incoarla por autoridad apostólica en 22 de Abril de 1749.

La Iglesia en estos expedientes no adolece de la que podríamos llamar impaciencia piadosa de los que los promueven: se apresura despacio. Cárlos III volvió á gestionar en 1749, y por fin el año de 1776 la Congregacion de Sagrados Ritos, vistos los escritos del Sr. Mañara, los expedientes formados por autoridad ordinaria, las preces y demas antecedentes, resolvió que se podía admitir la causa y proceder ulteriormente. El último decreto en este sentido es de 1778. Los tiempos que han venido despues no han sido los mejores para continuar estos expedientes.

España tiene todavía por beatificar al Venerable Maestro Avila, *Maestro de santos* en el siglo XVI.

Si no hubiera sido español, haría ya cien años que estuviera en los altares. Pero ¿quién va á promover todos lōs expedientes de los varones de santidad eminente que pudiera España pedir que tuvieran culto? Quizá no bajen de ciento, y pudieran promoverse hasta mil. No es de extrañar, por tanto, que el expediente de beatificacion del Ven. caballero D. Miguel de Mañara Vicentelo de Leca duerma donde duermen centenares de otros promovidos y por promover.

Por digno término de esta abreviada noticia de su vida y de sus escritos insertamos la Protestacion de la Fe, que tenía hecha para el tiempo de la muerte, y su testamento, como final de este opúsculo y digno remate de la noticia de su santa vida.

PROTESTACION DE LA FE.

Esta protesta y confesion de la santa Fe, que profeso, he hecho en mi entero juicio y voluntad libre, delante de Dios, Señor nuestro, que está viendo escribir estas letras, y de sus santos ángeles, testigos de esta verdad, para que á la hora de mi muerte se me repita; y desde ahora para entónces la confieso, por si Dios nuestro Señor fuere servido de que no la pueda decir; y así, desde ahora para entónces lo hago, y por verdad lo firmo de mi nombre. *Don Miguel Mañara.*

Hombrezuelo, crees en Dios todopoderoso, criador del cielo y de la tierra?—Creo.

¿Crees que este Señor es eterno, santo, poderoso, inmenso, sin principio ni fin?—Creo.

¿Crees que este Señor es invisible, que asiste en todas las cosas del cielo y de la tierra?—Creo.

¿Crees que está aquí presente, oyendo nuestras voces, viendo tus miserias y escuchando tus gemidos?—Creo.

Crees que este omnipotente príncipe *ab æterno* es trino en personas y uno en esencia?—Creo.

¿Crees que á este Santísimo Padre sirvieron nuestros padres el justo Abel, Enoc y el santo Noé? —Creo.

¿Crees que al mismo Señor sirvieron los santos patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, y los demas sántos reyes y profetas?—Sí creo.

¿Crees que á este mismo Señor sirvieron los santos apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, que dieron por él sus vidas?—Sí creo.

Dí, hombrezuelo, ¿crees que la segunda persona de esta Trinidad eterna se hizo hombre por nosotros, y padeció muerte y pasion por salvar á todos los hombres?—Creo.

¿Crees que resucitó al tercero dia glorioso de entre los muertos, y sacó las ánimas de los santos Padres que estaban aguardando su santo advenimiento?—Sí creo.

¿Crees que despues de cuarenta dias subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre todopoderoso?—Creo.

¿Crees la resurreccion de los muertos, y que este Señor aquel tremendo dia ha de juzgar al mundo, dando á los buenos el santo paraíso y á los malos el infierno eterno?—Creo.

¿Crees la comunion de los santos y participacion de sus santas obras?—Sí creo.

¿Crees que no hay más de un Dios, un bautismo y una Iglesia católica y apostólica?—Sí creo.

¿Crees todos los sacramentos, concilios y disposiciones, ritos y ceremonias de la santa Iglesia?—Sí creo.

¿Crees que está el cuerpo y sangre de Jesucristo, tu Dios y Señor, en el Santísimo Sacramento?—Sí creo.

Hombrezuelo, responde: ¿Amas á tu Dios, tu Padre y Señor, como á tu alma?—Sí amo.

¿Amaslo más que á todas las criaturas?—Sí amo.

¿Amaslo más que á los ángeles y santos del reino de los cielos?—Sí amo.

¿Amaslo más que á ti mismo?—Mucho más lo amo.

¿Recibes la muerte de buena gana, porque Dios es servido de que mueras?—Sí recibo.

¿Quisieras haberte muerto de dolor de haberle ofendido?—Sí quisiera.

Gusano, ¿pésate de todo corazon de haber ofendido á tal Bondad?—Sí me pesa.

Dí, hermano de los jumentos, ¿qué hiciste?—*Peccavi.*

Polvo y ceniza, ¿qué obraste, qué hiciste?—*Peccavi.*

¿Perdonas de todo corazon á todos tus enemigos, porque agradas á Dios en esto?—Sí perdono.

¿Pides perdon á todos los que hiciste mal, por palabras, obras, y con tu mal ejemplo escandalizaste?—Sí pido.

¿Crees que es mayor la grande é infinita misericordia de Dios que tus maldades?—Sí creo.

¿Esperas en aquella paternal clemencia, que perdonó á David pecador, á Ezequías afligido, á los Ninivitas penitentes, á la Magdalena arrepentida y al ladron en la cruz, te ha de perdonar, aunque tus pecados sean mayores?—Sí espero.

¿Esperas, nó por tus merecimientos, que son ningunos, sino por los de nuestro Señor Jesucristo, te ha de perdonar Dios nuestro Señor?—Sí espero.

¿Esperas en su misericordia, que como á otro Pródigo, cuando llamen tus gemidos á la casa de Dios tu Padre (que es el cielo) ha de salir aquel Señor del mundo, y te ha de echar los brazos al cuello, vistiéndote la estola de la inmortalidad?—Sí espero.

¿Esperas en la gran misericordia de Dios, que en

saliendo tu alma de ese sucio y abominable cuerpo, has de ver el rostro santo de Dios, y en contemplacion eterna vivir la vida perdurable?—Sí espero.

Dí. ¡Oh Dios mio! ¡Padre mio! ¡Misericordia mia! En quien creo; en quien espero; á quien amo y amaré para siempre! Pequé contra ti, pésame de todo corazon: dame dolor, para que muera de dolor de haberte ofendido; guíame, Señor, en este camino tenebroso que me espera; y, al salir el ánima de este cuerpo recíbela, Señor, en paz: no apartes tu vista de mí, Señor; y vaya yo, Señor, donde tú mandares. Pequé, Señor, y serví á tus enemigos; serví á Babilonia lo más de mi vida; bebí en los sucios charcos de sus deleites, y por dar gusto á este cuerpo hediondo, te ofendí, é hice tu santo templo morada de demonios. Yo lo hice, no otro: yo tuve la culpa: yo, Señor, fuí el agresor, pésame de haberlo sido, y pésame de no morir de pesar. Dios mio, tú has de ser mi Juez dentro de poco tiempo, sed mi Padre.

Luégo me digan el salmo *Confitemini Domino, etc.*, que está en las vísperas de la feria v, y la Recomendacion del ánima, ántes que pierda el sentido, y los demas salmos y oraciones que dispone el Manual. Y envíen con tiempo una persona al Padre Prior de la Cartuja, pidiéndole que el papel que lleva sirva de recado en las celdas de los monjes. El papel ha de decir: *Vuestro siervo D. Miguel Mañara está en manos de la muerte. Rogad á Dios por él.*

Tambien pido que dos pobres del Hospicio estén en casa, los más venerables y siervos de Dios que hubiere, para que al tiempo de mi fallecimiento estén á mi cabecera y rueguen á Dios por mí.

TESTAMENTO

DEL

VENERABLE CABALLERO D. MIGUEL MAÑARA.

En el nombre de Dios todopoderoso, Padre Santísimo nuestro, omnipotente y santo, sabio, inmenso, Criador de todas las cosas, principio y fin de toda criatura, por quien somos, vivimos y nos movemos, Trino en personas distintas, siendo un solo Dios verdadero, Rey inmortal, invisible, omnipotente y santo; delante de cuya alta Majestad, yo su pobre esclavo, estoy escribiendo este mi testamento y postrera voluntad. El cual *(esto es, el Verbo divino)* por nuestra salud bajó del cielo á la tierra, y tomando nuestra naturaleza en las puras entrañas de Santa María Vírgen, nació en un pesebre, pobre y desamparado del mundo, quedando Vírgen la que fué Madre: fué Salvador del mundo, muriendo en una Cruz entre dos ladrones: bajó á los infiernos; y sacó las ánimas de los justos, que desde el principio del mundo estaban depositadas en el seno de Abraham, nuestro padre: resucitó de entre los muertos al tercero dia; y despues de cuarenta subió á los cielos; de donde ha de venir el postrero dia á juzgar el mundo despues de la universal resurrec-

cion, adonde dará á cada uno el premio de su trabajo, á los malos el fuego eterno, con Satanas y sus ángeles, y á los buenos el santo paraíso, morada de los justos, sus escogidos. Este es el Dios omnipotente, á quien adoro: es mi padre, mi madre, mi hermano y todo mi linaje; mi alma, mi vida y todo mi corazon; Dios de mis padres y mio: en este invisible y único Señor creo y confieso; y todo lo que no es El digo es mentira, y lo tengo por estiércol y basura, y quimera de hombres vanos y ridículos; y lo quisiera adorar con la misma inocencia y fe que lo adoraron y confesaron nuestros padres Abraham, Isaac y Jacob, y los demas santos de nuestra Madre y católica Iglesia. Yo, pequeñuelo delante de su inmutable acatamiento, en el nombre de Jesus, que es sobre todo nombre, y el de Santa María Vírgen, su bendita Madre, y en el nombre de los bienaventurados S. Miguel Arcángel: los santos apóstoles S. Pedro y S. Pablo; y de los bienaventurados amigos y siervos de Dios S. Benito, mi padre, S. Francisco, Sta. Teresa, S. Eustaquio, S. Pafnucio y el santo profeta Elías, mis especiales abogados. Yo, D. Miguel Mañara, ceniza y polvo, pecador desdichado, pues los más de mis malogrados dias ofendí á la Majestad altísima de Dios mi Padre, cuya criatura y esclavo vil me confieso. Serví á Babilonia y al demonio su príncipe, con mil abominaciones, soberbias, adulterios, juramentos, escándalos y latrocinios, cuyos pecados y maldades no tienen número, y sola la gran sabiduría de Dios puede numerarlos, y su infinita paciencia sufrirlos, y su infinita misericordia perdonarlos. ¡Ay de mí! ¡Quién se cayera muerto ántes de acabar estos renglones; y pues van baña-

dos con mis lágrimas, fueran acompañados con el postrer suspiro de mi vida! Pero pues Dios no lo quiere, así se haga; estando en su venerable presencia, en mi entero juicio y buena salud, dones de su santísima mano, juzgando es su divina Majestad servido se hagan las últimas voluntades y disposiciones con libre voluntad y entero conocimiento, y no aguardar á la hora de la muerte á hacerlo, por ser tiempo tenebroso y de oscuridad, hago y otorgo este mi testamento cerrado en la forma siguiente.

Mando mi alma, con toda entera y libre voluntad á Dios nuestro Señor, que la crió y la redimió; y aunque indigna (por sus abominables pecados) de acotar con tal santidad y pureza como la de su divina Majestad, pongo por medianera delante de su recta justicia la sangre de mi Señor Jesucristo; é invoco por mi abogada (gran cosa fuera el ruego de los santos; la bondad de los ángeles; la intercesion de la Vírgen nuestra Señora! Así lo confieso) pero yo elijo por mi especial abogada á la misericordia y entrañable caridad de Dios mi Señor: ella me cubra: ella me defienda: ella me ampare delante de su tremendo juicio. Padre mio, Padre mio, Padre mio, acuérdate que tienes misericordia; y espero firmísimamente que por los méritos de mi Señor Jesucristo, sacrificio nuestro, en algun tiempo he de ver tu paternal rostro, y con esta esperanza vivo y muero.

Item, mando mi cuerpo á la tierra, á la corrupcion y gusanos, mi madre y mis hermanos, que lo tengan en depósito hasta que el Señor de todas las cosas al fin del mundo lo vuelva á la vida.

Item, mando que luego que yo fallezca sea puesto mi cuerpo sobre una cruz de ceniza, como man-

dan nuestras Definiciones. Los piés descalzos y envuelto en la mortaja de mi manto: un santo Cristo á la cabecera con dos luces y descubierta mi cabeza. De esta suerte han de llevar mi cadáver en las andas de los pobres, con doce clérigos y no más, sin pompa ni música, á la iglesia de la Santa Caridad, y le darán sepultura terriza en el cementerio de dicha iglesia, que es el pórtico á la entrada de la iglesia, fuera de la puerta, para que todos me pisen y huelien; y allí sea sepultado mi sucio cuerpo, indigno de estar dentro del templo de Dios. Y es mi voluntad se ponga encima de mi sepultura una losa de media vara en cuadro, escritas en ella estas palabras: *Aquí yacen los huesos y cenizas del peor hombre que ha habido en el mundo. Rueguen á Dios por él.*

Item, declaro que por la gracia y misericordia de Dios no debo á nadie nada de maravedíses algunos; pero por ser la memoria frágil, ordeno y mando, que si pareciere alguna deuda mia por instrumento público, ó en alguna memoria firmada de mi nombre y mano, se esté á lo que en ella se dijere, y se pague ante todas cosas de lo procedido de mis bienes.

Item, nombro por universal heredera á mi alma, para que lo que se hallare de mis bienes se gaste en santas obras del agrado de Dios nuestro Señor.

Item, declaro que por cláusula del mayorazgo que poseo, me da facultad para poder testar de la mitad de la renta del año despues de mi fallecimiento: la cual dicha mitad y lo que se hallare en cartas de pago de los Juros se distribuya en la forma siguiente.

Primeramente con la tercera parte que monten

mis bienes se me diga un novenario de Misas en la iglesia de la Santa Caridad, y lo demás de Misas rezadas en dicha iglesia.

Item, mando se le den á Catalina Hermosa, por haberme servido más de treinta años, doscientos ducados por una vez.

Item, mando se le den á Juan Alonso de Velasco, por haberme servido más de treinta años, doscientos ducados de vellon por una vez; y si se hubiere muerto en las Indias, á su mujer ó á sus hijos.

Item, mando á María Josefa, que he criado, por haberme servido de balde, doscientos ducados por una vez; los cuales tiene en su poder Catalina Hermosa para dicho fin.

Item, mando á María de Santa Inés y á María de San Vicente, monjas profesas en el convento de Santa María de Gracia, huérfanas, que yo crié, cien ducados á cada una por una vez.

Item, mando á María de Hoyas, que me está sirviendo, se le pague lo que se le debe de su racion, y se le den doscientos reales de limosna.

Item, á Doña Luisa de Esquivel, viuda pobre de Vicente Rodriguez de Medina, se le dé quinientos reales de limosna por una vez.

Item, á D. Pedro de Medina, hijo del dicho Vicente de Medina, se le den otros quinientos reales.

Item, al Sr. D. Juan Santos de San Pedro, mi confesor, por la voluntad que le tengo, y porque se acuerde de encomendarme á Dios, se le dé un santo Cristo de marfil que tengo.

Item, á D. Francisco Caravallo se le dé el Breviario grande en que rezo.

Item, á mi hermana Doña Isabel Mañara, por el

amor que la tengo, y que me encomiende á Dios, se le dé un santo Cristo que tengo pintado en una cruz á la cabecera de mi cama.

Item, á Ana Jimenez, una pobre viuda, que vive en Triana, se le dé mi cama.

Y lo que quedare del resto de mis bienes se les entregue á mis hermanos de la Santa Caridad, para que lo gasten en el sustento de los pobres enfermos, y leña para que se calienten los pobres peregrinos.

Y para cumplir este mi testamento, mandas y legados, y todo lo que en él va contenido, dejo por mis albaceas y testamentarios á mi muy caro padre y señor el Dr. D. Juan Santos de San Pedro, y á mi sobrino el marqués de Paradas y á mi primo Don Juan Vicentelo, para que todos juntos ó cada uno *in solidum* ejecuten esta mi postrera voluntad. Y cumplido este mi testamento en todo y por todo, segun y como en él se contiene, sin glosa ni interpretacion; y aunque sea pasado el año de albaceazgo, no se les tome cuentas á dichos mis albaceas, sino se esté á lo que ellos dijeren, que para todo les doy todo mi poder cumplido; y les pido, puesto á sus piés, ejecuten esta mi postrer voluntad, como aquí va referida, particularmente en lo que toca á mi funeral y entierro, sin salir un punto de como lo tengo ordenado, por ninguna razon y pretexto, por ser así la voluntad de Dios. Y si no lo hicieren, el Señor de vivos y muertos se lo demande, porque quisieron oir las voces del mundo fantástico y soberbio, y no la voz de la humildad, y desprecio, adonde habita Dios, y porque quisieron seguir las razones vanas, llenas de fausto y vanidad, gastando el dinero con que se puede remediar á Cristo en sus pobres, en la

vana pompa de dar sepultura á un cuerpo podrido, donde se han encerrado tantos pecados y abominaciones. Miren lo que hacen, que delante de Dios les tengo de acusar y pedir justicia, y estas letras han de ser su fiscal.

Item, revoco y anulo cualquiera otro testamento que hubiere fecho, y sólo quiero y es mi voluntad que valga éste y se tenga por mi última voluntad. Y pido por amor de Dios todopoderoso á todas las personas á quien hubiere ofendido, que serán muchas, y á las que hubiere con mi mal ejemplo escandalizado, me perdonen, las cuales lo hagan porque Dios les perdone: y asimismo perdono de todo corazon á todas las personas que me hubieren hecho algun daño, y con entrañable amor las amo en Jesucristo mi Señor, que con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo, vive y reina en vida perdurable por todos los siglos de los siglos. Amén.

Fecho en 17 de Marzo de 1679.

DON MIGUEL MAÑARA.

FIN.

INDICE.

PÁGS.

NOTA.

La Junta provincial de la Asociacion de Católicos ha sometido cuanto se contiene en este opúsculo á la censura eclesiástica, y obtenido la licencia del Ordinario para su impresion.

El presente opúsculo ha sido reimpreso por la Junta Provincial de la Asociacion de Católicos en Madrid, á fin de regalarlo á sus generosos suscritores. Los ejemplares sobrantes se venden en las librerías de Aguado y Olamendi [illegible] cada uno.




6-5

